



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

EL MUNDO DE SIC

Segundo Premio de la IX Edición (1997)

Santiago García Albás



EL MUNDO DE SIC

Ayudará mucho al lector representarse dentro de una esfera imaginaria cuyo diámetro es su propia envergadura, ya que a esta imagen hacen referencia expresiones descriptivas como «meter al adversario en nuestra esfera»

Manual de defensa personal

>Simuladores de Guerra — Estatutos / Título I / sección 2.ª/ arts 21-24, 3.ª Enmienda inclusive

De los supuestos que justifican el abandono en batalla

Art 21: El SICAR concederá el abandono en todos los casos en que el jugador resulte incapacitado para la acción (véase Guía de Heridas y Mutilaciones Restrictivas).

Art 22: Aún encontrándose en perfectas condiciones, el jugador podrá retirarse siempre que lo desee, mientras el abandono no suponga perjuicio a otros jugadores (supuestos tipo A), o persiga escapar de situaciones susceptibles de acarrear tanteos adversos (supuestos tipo B).

Para una descripción más detallada de los *supuestos tipo A* se recomienda el estudio de los siguientes anexos:

Anexo 2.a > acerca de la situación de Cobertura.

Anexo 2.b > acerca de la situación de Vacío de Mando (sólo para oficiales a cargo de tropas o su equivalente integrado).

Anexo 2.c > acerca de la situación de Intimidación Numérica.

Anexo 2.d > acerca de la situación de Ordenes Asignadas y/o Misión Inconclusa.

Anexo 2.e > acerca del concepto de Inminencia en relación a las situaciones anteriores.

Para una descripción más detallada de los *supuestos tipo B* se recomienda el estudio de los siguientes anexos:

Anexo 2.f > acerca de la situación de Inferioridad Numérica.

Anexo 2.g > acerca de la situación de Bloqueo por el enemigo y/o Aislamiento del cuerpo principal de ejército.

Anexo 2.h > acerca de las Posiciones Estratégicas Desventajosas.

Anexo 2.i > acerca de la situación de Combate en Curso.

Anexo 2.j > acerca del concepto de Inminencia en relación a las situaciones anteriores, además de Captura, Capitulación o Muerte.

Nota: El SICAR considerará siempre todos los conceptos arriba mencionados en su más amplia noción.



Art 23: El SICAR estudiará cada una de las solicitudes individualmente. Se tomarán como elementos de juicio todas las circunstancias que concurran en una sección circular del campo de batalla, cuyo centro lo marcará la posición del jugador que solicite el abandono en el momento de concluir la subvocalización, y cuyo radio sería el equivalente al alcance medio del arma de mayor alcance que tome parte en la batalla. En caso de duda y/o ambigüedad, se aplicará automáticamente el principio ilustrador «in dubio pro fisco».

Art 24: Siempre que la situación estudiada resultara equiparable a los supuestos que menciona el art 22, será denegado el abandono, sin posibilidad de apelación posterior ni de modificaciones en el tanteo.

3.ª Enmienda (ver jurisprudencia > caso «Lamotta contra SICAR») Únicamente en los casos en que, de demorarse la resolución más de 30', sea finalmente concedido el abandono, el jugador tendrá derecho a la revisión de las puntuaciones asignadas durante el periodo de deliberación.

6/11/2989 > Jornada 16 / Austerlitz / Diciembre de 1805

Lo primero que pensé tras la reconexión fue que la Guerra había logrado penetrar en las defensas de los sueños, que mi regimiento —la mejor infantería del mundo— había tomado la colina de las pesadillas, y que, victoriosa, la soldadesca disfrutaba libremente del saqueo.

Mi mente regresaba a la luz desde lugares imposibles de describir, lugares donde no se hablaba con palabras, y donde cada emoción, cada mensaje, cada pensamiento apenas esbozado, adoptaba la forma de un combate. Eran lugares silenciosos, donde no existía el día ni la noche, donde no existían la luz ni la oscuridad tal como las conocemos; lugares habitados por criaturas elementales, deidades antiguas que erraban perdidas en el vacío, entidades etéreas que sólo se hacían visibles mediante la lucha, cuando la furia iluminaba sus espíritus y llenaba de fuego sus corazones. En mi sueño, yo no podía ver esas criaturas, pero sentía su presencia letal a mi alrededor, sentía su inconmensurable poder de seducción y muerte, la poesía que se ocultaba bajo su soledad y su ansia —casi su deseo— con una intensidad aterradora, sumiéndome en un delirio que era a la vez espanto y sublime belleza. A veces, dos criaturas se encontraban, y del choque de sus auras nacía una canción. Era una canción de amor, de amor a la ira, de amor a la furia, un himno a la existencia nueva, al ser fugaz pero completo, exuberante de vitalidad, que sólo se obtiene de la fusión con el adversario, cuando el



amor es un acto de guerra, cuya misma belleza supera al deseo de prevalecer a través del combate.

Chocaban pues en mi sueño tales criaturas, elementales de la discordia, y con el supremo éxtasis de su acto engendraban un mundo, muchos mundos en el vacío. De la oscuridad de sus almas nacían crepúsculos sangrientos y, bajo sus espectrales luces, los mundos se revelaban como inmensos campos de batalla, donde cada deidad tomaba la forma de un ejército de sombras dantescas, criaturas terribles de ojos encendidos, creadas sólo por y para el combate. Los ejércitos se estudiaban bajo el cielo rojo, sobre el suelo negro, y la tensión de su apremio se materializaba en vientos de cólera, en nubes de tempestad henchidas de fuego y sangre. Y era siempre tal la violencia de su choque, la pasión comprimida en cada golpe, en cada herida, en cada muerte, que toda batalla conducía al cataclismo, que todo cataclismo devolvía de nuevo a las deidades al vacío pregenésico.

Una y otra vez habían desfilado esas imágenes en mi delirio febril; mundos diferentes, cielos diferentes, criaturas diferentes, pero siempre con el mismo resultado, siempre con la misma espantosa belleza, con la misma horripilante embriaguez de cólera. Durante muchos momentos de mi sueño, creí que enloquecería ante la intensidad de aquellas criaturas imposibles; recuerdo que, aún esclavizado por su lóbrega hermosura, me asustaba quedar atrapado para siempre en su círculo de odio.

Y entonces desperté para reencontrarme con un mundo que parecía surgido de mis pesadillas.

Yo me encontraba de bruces sobre el campo de batalla, junto al cráter abierto por la granada que me había hecho saltar por los aires a poco de iniciado el combate. Tenía media cara engastada en el barro y me sentía incapaz de enfocar la vista. Sin embargo, en cuanto los recuerdos de la explosión irrumpieron en mi memoria, supe que ya sólo me faltaba confirmar mis más oscuros temores, los mismos que me habían atormentado en sueños durante las horas de inconsciencia, ocultos entre las imágenes de mi delirio. Un dolor sordo me martilleaba las sienes y el torso, paralizándome el costado derecho; sentía sabor a sangre y tierra en la boca, todo ello mezclado con el regusto dulzón de la pólvora cosquilleándome las fosas nasales y, al tratar de elevar el cuerpo flexionando las piernas, comprobé horrorizado que las rodillas se negaban a obedecer mis órdenes.

Aún así, conseguí reunir el ánimo necesario para darme la vuelta y, sirviéndome del brazo izquierdo, incorporé penosamente el tronco con intención de analizar los daños. Casi podía sentir cómo, en aquel cuerpo



espectral —que percibía en gran medida como mío— los tejidos se retorcián y rasgaban contra los huesos astillados por el esfuerzo de una voluntad ajena a ellos. Su fuente era la única partícula que me pertenecía del soldado francés, aquella partícula llamada alma, la única que tuvo valor para mirar.

La casaca, irreconocible bajo el barro y la sangre seca, se había convertido en jirones entre las hebillas y correajes enredados; a través de los orificios de la tela podía ver mi carne, cruelmente desgarrada por la metralla —y lo que era aún peor— aquellos dos muñones medio carbonizados señalando el final de las piernas demasiado cerca de las caderas. Claro que las rodillas no me respondían... ya no tenía rodillas.

Para completar el diagnóstico añadiré que, además, sentía el rostro adormecido, y sólo uno de mis ojos funcionaba correctamente. Me resisto a describir lo que palpó mi mano útil al pasármela sobre la cara, aunque supongo que la mayoría de ustedes se habrá visto más de una vez en trances similares.

Cuando, tras un concienzudo análisis de las sensaciones, me convencí finalmente de que ya no soñaba, la más completa confusión se adueñó de mi cerebro.

Allí estaba ocurriendo algo que no debería ocurrir.

Parpadeé frenéticamente, esperando la desconexión definitiva, pero ésta seguía empeñada en no producirse de forma natural. Me gustara o no, y por causas que aún era incapaz de discernir, se había resuelto que permaneciera en el cuerpo moribundo, grotescamente mutilado, del soldado francés.

La explicación directa del por qué continuaba con vida no me inquietaba, aquella parte del problema tenía fácil solución; supuse que la deflagración habría cauterizado lo bastante las arterias como para evitar mi clausura por pérdida de sangre. Una explicación sumamente lógica e integrada, no carente tampoco de firmes bases biológicas, pero como excusa para retenerme en el campo —después de haber sido alcanzado de forma tan inapelable— resultaba en verdad, y estarán ustedes de acuerdo conmigo, bastante pobre, amén de desagradable.

Con infinito alivio, y cuando la confusión y el miedo rozaban ya peligrosamente el umbral de la histeria, recordé la disponibilidad del comando de abandono. Nunca hasta entonces había tenido necesidad de utilizarlo pero —como todos los jugadores— me lo sabía de carretilla, junto a los supuestos en que los estatutos del juego permitían su utilización.

No puede reprochárseme que no lo recordara en un principio, pues ya sabrán que los jugadores tendemos a pasarlo por alto. Sus análisis de



las situaciones en batalla son tan abiertos y retorcidos que, descontando al misterioso Lamotta y su famoso precedente, aún no sé de nadie que haya conseguido nunca retirarse. Además, en el único caso en que el abandono resulta incuestionable —aquel contemplado por el primer artículo— éste no suele hacerse necesario, pues antes ya se ha procedido casi siempre a la clausura de la conexión por derribo.

Y allí estaba yo, sin piernas, tuerto, con medio tronco paralizado, e incapaz de comprender por qué seguía en acción tan sumamente jodido. ¡Y en Little Big Horn me clausuraron por un inofensivo flechazo en la barriga! Si alguna vez ha existido un caso que entrara menos en conflicto con las restricciones de abandono ése era el mío en aquellos momentos. Pensé gozoso, no sin cierta ansia de desquite, que por una maldita vez en toda mi vida las reglas jugaban a mi favor, y eso me devolvió la suficiente sangre fría como para analizar la situación con calma.

Finalmente, decidí esperar unos minutos antes de subvocalizar el comando de abandono; lo extraño de mis circunstancias había logrado despertarme la curiosidad, y el dolor no era ni mucho menos insufrible. Luché por acomodar lo que quedaba de mi cuerpo, recostándome tan bien como pude sobre la mochila. Al fin y al cabo, tal vez se pudiera extraer algún beneficio de todo ello.

A mi alrededor, entre boquetes todavía humeantes, sólo veía cuerpos tendidos con casacas azules, tan destrozadas y ensangrentadas como la mía. Todas las víctimas que podía alcanzar con la vista pertenecían a mi regimiento, hecho comprensible si tenemos en cuenta que nunca llegamos a trabar combate directo con el enemigo, habíamos sido barridos desde una cómoda y segura distancia por las mismas baterías austríacas que pretendíamos capturar. En el aire flotaba un intenso olor a pólvora, heridas abiertas y carne quemada, los lamentos de los heridos resonaban a lo largo del angosto valle de Mijava, ahogando los ecos de las descargas de fusilería que llegaban desde lo que juzgué una distancia de varias millas, casi con toda seguridad desde donde debía encontrarse la carretera de Brno.

Nadie mínimamente versado en la naturaleza del juego se dejaría conmovir por los lastimeros quejidos que recorrían el valle; ya sabría que para los jugadores el dolor de las heridas es leve, meramente referencial, más que nada un indicador del lugar del impacto, así que los lamentos provenían sin duda de simples figurantes, espejismos sin alma ni existencia que no merecían compasión alguna. Sin embargo el efecto resultaba tan real que siempre conseguía ponerme la carne de gallina. Me sacudí, tratando de alejar aquellas sensaciones; las circunstancias requerían la mayor cantidad de sentido común que fuera capaz de reunir.



Bien, olor a pólvora y sangre, descargas aisladas y distantes, lamentos ahogados... todo muy previsible, un cuadro típico de resaca de combate, si no fuera porque raras veces tenía ocasión un jugador tocado de contemplar esa fase de las batallas. No, algo no funcionaba como debería.

Los figurantes heridos no me servirían para aclarar la situación. Mostraban siempre un comportamiento irreflexivamente integrado, todo lo que conseguiría de ellos sería más quejidos o, a lo sumo, una quejumbrosa súplica referente a mi cantimplora, a los enfermeros, o alguna sandez por el estilo, encontrándome por añadidura con la obligación de seguirles el juego si no quería arriesgar mi exiguo tanteo. Tras comprobar que ninguno de los supervivientes vecinos mostraba rasgos humanos (lo que en este caso —triste ironía— significaba despego, indiferencia, o fría curiosidad), me convencí finalmente de que debería hallar la solución por mis propios medios.

Para una correcta comprensión de mi testimonio debo aclarar que soy un experto cuando se trata de distinguir en acción a los figurantes de los humanos. Aunque les parezca una tontería, desde mis inicios en el juego me he negado rotundamente a combatir con los últimos y, siempre que detecto a alguno, procuro rehuir la confrontación, habiendo sido en todos los casos mis escasas víctimas figurantes cuidadosamente seleccionados. Conozco las reglas tan bien como ustedes, sé que eliminar a otro jugador de la batalla supone bonificaciones extra en virtud de su grado y posición en la tabla, pero así es mi forma de concebir el combate, mi naturaleza se inclina más a lo contemplativo que a lo competitivo, y nunca me he quejado de las consecuencias que dicha actitud acarree a mi propia clasificación. Es por ese motivo que, tras largos periodos de observación y análisis, he llegado a reunir un amplio repertorio de actitudes y gestos anacrónicos que, incluso los jugadores más veteranos, y mejor caracterizados, son incapaces de reprimir.

No podía precisar el tiempo que se me había mantenido en aquel extraño estado de suspensión de estímulos, fiel simulador de la inconsciencia. Aunque ya no quedaba niebla sobre el valle el cielo seguía lo suficientemente encapotado como para no permitirme vislumbrar el sol. No obstante, el hecho de que permaneciera sobre el campo de batalla era prueba suficiente de que la lucha no estaba lo bastante decidida como para dar por concluida la batalla, y de que a mí, por algún oscuro motivo, aún se me consideraba útil.

Sonreí con aquella idea; el morral de las municiones había desaparecido —sin duda en manos del algún trepa oportunista— y mi mosquete yacía, risiblemente deformado, a muchos palmos fuera de mi alcance. No



entendía lo que se esperaba que pudiera hacer en tan deplorable estado, aún en el caso —bastante improbable en vista de la orientación de los las descargas— de que la acción volviera al valle de Mijava.

Poco a poco, mientras los fantasmas de mi pesadilla se diluían y perdían consistencia, todas las experiencias de aquella jornada fueron abriéndose paso en mi memoria.

El 17.º batallón de infantería, al que yo había sido asignado, acampaba en el lindero de un bosquecillo de abetos, muy próximo a las líneas enemigas. Era invierno, y hacía frío en las campiñas de la Moravia Meridional, una linda comarca al noroeste de Viena, adscrita a la soberanía del Imperio Austríaco en el año 1805 de la Vieja Tierra. La niebla procedente del río March, afluente de la cuenca del Danubio, se escurría lentamente entre los árboles y los rescoldos de las hogueras; llegaba, tan puntual como siempre, a su cita con la batalla de Austerlitz, sabedora del papel determinante que le había concedido la Historia, aunque aún ignorante de a quién mejor serviría en aquella particular edición. Entre toses y juramentos el ejército francés despertaba; por encima del entrechocar de los mosquetes y las bayonetas, y del trinar matutino de las aves en las enramadas, las voces ariscas de los oficiales llamaban a la tropa a formación.

Todavía era de noche cuando me incorporé al juego. Después de inspeccionar someramente el cuerpo —no demasiado impresionante— y el equipo que me había sido asignado —equipo cuya utilidad y funcionamiento ya conocía de anteriores ediciones— me dispuse a disfrutar de los minutos previos a la batalla dando un paseo por detrás de las líneas.

A pesar de toda la mierda con que un batallón de infantería puede malograr un bosquecillo durante una sola noche, el aire traía un fresco olor a bosque y a tierra húmeda de rocío, olores que sólo el juego nos da la oportunidad de disfrutar. Ésa ha sido siempre mi parte favorita de las batallas, los momentos en que el tiempo se detiene, y la anticipación del combate parece agudizar los sentidos, abriendo nuestra percepción a los más nimios detalles del entorno. Es sobre todo por la intensidad de esas sensaciones, antes que por la supuesta emoción de la lucha, por lo que prefiero los juegos de guerra sobre las simulaciones más apacibles. Nunca he llegado a entender el efecto que llaman Saturación de Escenario, el juego para mí carecería de encanto sin los paisajes, olores y sonidos de la Vieja Tierra.

¡Y hay tantos espacios abiertos!

No tardé demasiado en localizar a otro jugador humano. Se acuclillaba junto al rescoldo de una hoguera, rodeado por un grupo de figurantes



que se disponían a repartirse el contenido de una humeante marmita. El humano ocupaba el cuerpo de un soldado corpulento y barbudo, de unos treinta años de la época, con anchos hombros y enormes manazas de campesino. Pensé que le habían asignado un cuerpo mucho mejor de lo que merecía pues, obviamente, se trataba de un novato en las batallas del XIX. Estos se delatan enseguida, se les ve incómodos con el uniforme y las polainas, preguntan estupideces, intentan consultar cada dos por tres la hora en su muñeca, se toquetean confusos los puntos del cuerpo donde faltan los implantes...cosas así. Éste cretino en cuestión pugnaba entre resoplidos por abrir la recámara de su fusil desde la parte de la culata, como si manejara un arma de retrocarga.

Hasta el momento, sus esfuerzos habían tenido como único fruto que el aparatoso gorro del uniforme se le cayera sobre las brasas, donde ya comenzaba a prender. Naturalmente, al hacer un movimiento brusco para recuperarlo, el arma —que ya estaba cargada para más inri— se le disparó entre los enormes y torpes dedos, y la bala, tras atravesar limpiamente la marmita de caldo, y arrancar la punta del mostacho de uno de los figurantes, acabo estrellándose con un sordo crujido en el tronco de un abeto, a escasas pulgadas de la cabeza de un sargento tuerto que, a la sazón, orinaba plácidamente sobre las raíces.

Me compadecí del patoso y, reprimiendo la risa, me apresuré a alejarlo de allí tomándolo del brazo, antes de que alguno de los figurantes privados de su desayuno, o el mismo oficial patibulario, seguro veterano de las campañas de Italia y Egipto, le perdieran el suficiente respeto a su corpulencia como para comprobar a culatazos la consistencia de sus espaldas. Los figurantes se muestran algo lentos en reaccionar pero, cuando lo hacen, escogen reacciones humanas muy convincentes. Casi a rastras, pues el tipo patoso parecía empeñado en disculparse con los figurantes, me lo llevé por el campamento en busca de su pelotón.

En cuanto el novato recobró la serenidad, y el que les habla la compostura, aproveché para impartirle un rápido cursillo sobre el funcionamiento de los mosquetes de chispa. Hasta yo, eterno soldado raso huérfano de ascensos, me sentía como un veterano de Egipto al lado de aquel paleta.

Entretanto, contra las espectrales luces del amanecer, silueteada tras la cortina de la niebla, la mejor infantería del mundo, invicta en doce batallas, formaba ya en el lindero del bosque.

—Pólvora, taco y bala... bien comprimido todo, o sólo conseguirás un fogonazo con gratinado de nariz— le dije al novato, ilustrando la explicación en mi propio fusil— no pongas el pistón en el percutor hasta el



último momento... así, o algún día acabarás volándote la cabeza al cebar la boca...

El tipo aprendió con relativa rapidez y, en cosa de diez o doce minutos, tenía cargado el mosquete, aunque la torpeza de sus movimientos me hizo sospechar que tenía frente a mí a un adolescente experimentando con sus primeras batallas, incómodo en un cuerpo demasiado grande. Me acordé de Fabrizzio del Dongo, el joven héroe inmortalizado por Stendhal, otro fantasma que visitó la batalla de Austerlitz en similares condiciones, y se me ablandó el corazón.

«Será la última vez —me dije por enésima vez— al próximo novato le robo las municiones y lo uso de cobertura...»

Tomamos asiento sobre la hierba húmeda, bajo el pescante de un carro de suministros, ocultándonos en la niebla de los oficiales que rastreaban cobardes y perezosos. Me cayó simpático. La barba y los hombros no le pertenecían, pero la forma de bajar la mirada con timidez mientras sonreía abiertamente sí.

—¿Has sido marino? —le pregunté cruzando elegantemente las piernas, que lucían enfundadas en aquellos ridículos leotardos blancos, y puse cara de experto. Había recordado que la TITAN recalaba desde hacía dos días en los muelles de la estación. Esa sería la otra única explicación posible de su torpeza. Los tripulantes de las cargueros interestelares que arriban a la estación de transbordo se animan a veces a participar en las batallas durante el periodo de reacondicionamiento de su nave, aún sabiendo que si nuestra estación lidera las clasificaciones es por el altísimo nivel de sus jugadores. Ellos no tienen muchas oportunidades de practicar, y eso se nota. El patoso negó con la cabeza. No había duda, sólo podía tratarse de un mozallete inexperto.

—¿Y qué haces tú aquí, chaval? —le quise decir— Deberías estar experimentando en las simulaciones eróticas, como los chicos de tu edad...

Mis labios, o mejor, los del soldado francés cuyo cuerpo ocupaba yo, se demoraron en articular las palabras mientras SIC se entretenía analizándolas. Ya me lo esperaba, de ahí mis anteriores subterfugios. Lo que finalmente salió de ellos fue un digno comentario, inmaculadamente limpio e integrado.

—Seguro que darías la soldada de un mes por estar ahora en la retaguardia ¿eh? Haciendo botar los carros de las barraganas, o los huesos de alguna aguadora... —algo así.

—No podría hacerlo —contestó con un guiño el novato al cabo de unos segundos— por respeto a mi esposa.



Al menos no era un estúpido total, debía haber comprendido lo que camuflaba el apaño de SIC. Deduje que a su pareja no le gustaba que flirteara con las prostitutas figurantes. Una novia sin imaginación, seguramente frígida con atroz precocidad y mandona en grado sumo. Pobre muchacho. Y encima, aquí se lo iban a merendar. Carne de cañón, como diría un viejo veterano de Egipto.

Aunque no todo iba a ser mala suerte, pronto agradecería haber dejado atrás sus nalgas de adolescente, tan pronto como tuviera ocasión de ver lo que los mamelucos hacían a los tamborileros detrás de los arbustos. «Sígueme, joven effendi, verás el semental árabe que tengo escondido entre los matojos...» Ya estoy viendo su tabla de resultados... Penalización por herida grave/ Presenta feo orificio de salida en forma de higo/ Causa: Sodomía fiera... ¡Je!

—Me llamo Marcel —prosiguió el gigantesco mozalbete— y cultivo viñas cerca de Burdeos.

Lo que me figuraba. Sólo a un novato se le ocurriría entablar un intercambio de información inter-personal dentro de la simulación. Aquello, además de inútil, pues deduje por su azoramiento que sus palabras habían sido bien distintas, le costaría seguramente una sanción. Al SICAR (sistema computerizado de arbitraje, para los lectores foráneos. SIC para los veteranos) no le compensa verse obligado a inventar una biografía integrada para cada participante en el juego. Controlar los estímulos sensoriales de más de cien mil jugadores, además de los escenarios, las condiciones climatológicas y los movimientos de medio millón de figurantes, en las cuatro batallas de que consta cada jornada, debe suponerle ya bastante trabajo. Le aconsejé al chico silencio con un gesto, aunque su ingenuidad había estimulado mi propia rebeldía.

«Marcel, viñas en Burdeos». Siempre he pensado que SIC necesita un toque más de originalidad. Hasta yo podía hacerlo mejor.

—Yo me llamo Guillotín, y diseño patibulos en París —dije con una cortesana reverencia. El comentario salió tal cual. ¡Chúpate esa! ¡Hay que ser más rápido, montón de chatarra! Menos mal que al SICAR tampoco le está permitido cabrearse o, en caso contrario, para cuando descubriera el pastel rastreando los archivos históricos, la penalización hubiera sido bastante más severa que los diez puntos acostumbrados.

—Mira, Marcel —añadí cordialmente— será mejor para ti que no te unas a tu pelotón. Quédate a mi lado y no te preocupes por las represalias. Perderse en un ejército como éste no era... no es demasiado inusual...

—Gracias, señor —contestó él con una amplia sonrisa— seguramente acaba de salvarme usted la vida.



Me estremecí de dentera y vergüenza ajena. Apostaría la famosa soldada a que el último comentario no había sido intervenido. SIC babea copiosamente por ese tipo de cosas, y los adolescentes tienden siempre a tomarse los juegos demasiado en serio.

—En marcha, panoli, a formar —le dije finalmente— y cuando vuelvas a abrir la boca espero que sea para decir algo importante, o te demostraré la versatilidad y ligereza de la bayoneta francesa del XIX en tus propios intestinos.

«La última.... —pensé mientras arrastraba a aquel hombretón, que me seguía dócilmente hacia las líneas— el próximo novato se lo trueco matado a los mamelucos por un caballo árabe...»

Con el despuntar del alba, y cuando todos, humanos y figurantes, nos encontrábamos equipados y formados en nuestros respectivos pelotones, un auxiliar de campo cruzó al galope el bosquecillo preguntando a grandes voces por el puesto de intendencia. Lucía un uniforme muy chulo, repleto de medallas, cordelitos y charreteras. Pero no necesitaba estudiarle más para saber que era humano; no puede haber figurantes en el estado mayor; contar con el árbitro a un lado de la batalla, aunque prometiera estarse calladito, representaría una ventaja excesiva, además de restar emoción al juego.

Bien sabía yo lo que significaba la presencia de aquel oficial, y del estuche cilíndrico de cuero que colgaba de su hombro. Nuestro batallón había sido seleccionado para iniciar las hostilidades. Así se lo comuniqué en susurros al muchacho quien, aunque nervioso e incapaz de estarse quieto, se mostró ávido por estrenarse en acción.

Al poco rato de la llegada del auxiliar nuestros inmediatos superiores nos comunicaron las órdenes del emperador. El 16.º y el 17.º debían asaltar las posiciones artilleras austriacas sobre una colina cercana, capturando el mayor número de piezas posible antes de que fueran inutilizadas por sus servidores. Para ello nos veríamos obligados a atravesar a paso de carga casi dos millas de terreno despejado donde, pese a la niebla mañanera, ofreceríamos un blanco excelente, tanto para las baterías enemigas como para los fusileros austríacos, apostados en las elevaciones que rodeaban el valle.

Por si esto fuera poco, recibimos instrucciones explícitas de armar el mayor jaleo posible, lo que acababa por neutralizar nuestra pequeña ventaja y arruinaba el factor sorpresa. Era una maniobra suicida, y como tal la recibieron los murmullos y juramentos de la tropa. Otra jornada gloriosa para el veterano de las pirámides. En cambio, ahí estaba aquel novato, calando torpemente su balloneta, y silbando la marsellesa como quien silba... lo que silbara en realidad. Una medalla para el pelele.



Los oficiales recorrieron las filas zarandeándonos y ordenando silencio, mientras nuestro coronel declamaba ardientemente la consabida arenga acerca de la mejor infantería del mundo, la Grandeé Armeé y todo eso, aunque a saber lo que estaría mascullando el jugador que ocupaba su cuerpo. Seguramente recitaba la tabla de multiplicar.

Sus apasionados gritos casi me impidieron escuchar los cascos y el piafar de los caballos.

A nuestra espalda, hábilmente ocultos en la niebla, una interminable hilera de jinetes atravesaba con sigilo el bosquecillo. Perplejo e intrigado, aproveché un descuido de los oficiales para escurriirme disimuladamente entre la formación, y arrastré al vinicultor conmigo. Se trataba de un importante contingente, no menos de media docena de compañías, entre húsares, lanceros y dragones, pero ¿por qué se dirigían tan silenciosamente hacia el sur? ¿Por qué no abrían ellos la carga como era lo habitual?

Miré a los hombres de mi regimiento, calando ya las bayonetas en el extremo de sus fusiles, dispuestos para lanzarse sin chistar a un ataque suicida. Luego miré a los jinetes, escurriéndose sigilosamente por detrás de las líneas en dirección Sur. No hacía falta ser un gran estratega para adivinar lo que iba suceder. Ni para pronosticar que ningún infante humano del 17.º lograría durante esa jornada puntuaciones sobresalientes.

Los jinetes se abrían paso entre las sombras del bosque, irrumpían como fantasmas, durante unos fugaces segundos, al resplandor del amanecer, envueltos en pesados jirones de niebla. Pasaban a nuestro lado sin vernos, un desfile de viejos rostros, orgullosos, indiferentes y callados, muy callados. El muchacho los observaba con arrobó, deslumbrado por el brillo de las corazas y yelmos de los dragones, por los abigarrados uniformes de los húsares, por el tintineo de los sables contra los estribos plateados. Y sin comprender absolutamente nada. Me apiadé de él; no quería que precisamente entonces, cuando se iniciaba en los momentos hermosos del juego, una carnicería como la que se avecinaba manchara para siempre su percepción de éste.

—Escucha, Marcel —le dije, obligándole a agachar la cabeza— ve donde esos jinetes y busca al teniente... Flaubert, del 7.º de lanceros. No importa lo que tardes en encontrarle, acompáñales a donde vayan si es preciso. Cuando lo encuentres le dices de mi parte que... que se abrigue bien para el Berezina. Es una consigna secreta. Él entenderá.

—Pero yo... el combate... quiero participar —respondió entre pucherros, grotescos en un hombre de corpulencia— Vaya usted si quiere...

—¿No sabes que desobedecer la orden de un veterano supone 100... 100 francos de multa? —mentí— ¡Ve!



Se quedo mirándome con expresión estúpida. Empezaba a comprender.

—Oiga, agradezco lo que intenta, pero...

Puse cara de sargento tuerto.

—¡Ahora, coño!

El mocoso gigantesco se alejó por fin, aunque a regañadientes, en dirección a la columna de fantasmales jinetes. Afortunado él, que se tomaba el juego demasiado en serio para hacer su voluntad.

Yo lo observé perderse en la niebla, mezclarse con los jinetes en busca del inexistente teniente Flaubert. Siempre he creído que a los novatos se les debería conceder estrenarse en caballería. Se ven tan gallardos sobre sus monturas, tan apuestos con sus uniformes de húsar tachonados de dorados cordeles, y sus gorros peludos, que se olvidan de mirar lo que ocurre en el barro.

En cuanto a mí, ya saben, siento cierta debilidad por las causas perdidas, y estoy acostumbrado a ver lo que ocurre en el barro.

La del decimoséptimo había resultado una maniobra tan absurda que sólo podía responder a un error garrafal, o a un plan extraordinariamente brillante por parte del estratega. Yo optaba por lo segundo, aunque costara esfuerzo reconocerlo desde el punto de vista del guiñapo sacrificado.

Una ojeada a los restos del campo de batalla me convenció de mi acierto. La bandera tricolor ondeaba sobre los cañones en la colina de marras y, a juzgar por el origen y la frecuencia de las descargas, el ejército austro-ruso se batía en franca retirada hacia Wagram, y de ahí, hasta Polonia con el rabo entre las piernas.

—Veamos el asunto con calma —me dije, intentando cruzar mis in-existentes piernas mientras organizaba todo lo que sabía sobre la batalla. Los lamentos de los heridos, tras ir espaciándose y desmayando gradualmente durante largo rato, habían acabado cesando por completo. Mejor, así podría pensar sin distracciones.

»Está claro que el objetivo de nuestra maniobra no era tomar la colina —calculé— eso nos hubiera resultado imposible incluso por sorpresa. Lo que Bonaparte pretendía hoy era orientar el fuego sobre nuestro batallón, para después capturar las piezas mediante una fulminante carga de caballería desde el flanco. De acuerdo. Esto explica el paso hacia el Sur de aquellos presumidos... Por cierto ¿cómo le habrá ido al novato? Bueno, no importa, mejor que a mí, seguro. Bien, pongamos que la artillería francesa estaba apostada al otro lado del valle, digamos sobre esos montes... así, cuando los austríacos, crecidos con nuestra matanza, se hubieran lanzado a la brecha, hubieran acabado cogidos entre dos fuegos, ba-



rridos por sus propios cañones... Muy bonito, ha debido ocurrir de esta forma... pero sólo con eso no se gana una batalla. ¿Qué han estado haciendo los rusos mientras tanto...?

»Y lo que es más importante —me apresuré a puntualizarme a mi mismo— ¿qué haces tú aquí y ahora? ¿por qué no estás en tu habitación recibiendo el informe de resultados con una barrita de vitaminas y carbohidratos «Churps» sabor albaricoque...? Tal vez SIC interprete por la situación de la tropas que, de permanecer en esta charca hedionda, se te van a presentar como por arte de magia ocasiones de puntuar... quizá degollando a mordiscos a un pelotón de desertores austríacos, «¡Eh! ¡Cuidado con ésta rotundifolia!» ...o de hacerles mucho, mucho daño, con mis hirientes pullas... «¡Austríaco cobarde! ¡Gallina! ¡Capitán de las sardinas! ¡Cagón! ¡Muere por el poder de mi verbo, pedazo de mierda!» ¡Je! ¿Cómo se diría en austríaco...? ¿Estroncho di merda...? No, a no ser que fueran venecianos...

»¡Pero qué digo! ¡Esto es absurdo! —estaba empezando a hastiarme aquella espera— ¡Nada, no pienso seguir jugando! ¡Abandono! ¿Cómo era el maldito comando...?

En ese mismo momento, postrado como estaba sobre el campo, percibí un ligero temblor en la tierra, originado sin duda por la proximidad de un numeroso grupo de caballos. «Un poco tarde para los carros de los enfermeros» —gruñí.

No se trataba de eso. Por el lindero del bosque en que pernoctó nuestro regimiento, a unos cincuenta metros del lugar donde yo había caído (Sí, ya sé que no llegué muy lejos, mas no me avergüenzo de ello, a ver quién es el lince que ve venir un obús) irrumpieron al trote una veintena de húsares con el sable desenvainado. Su solo aspecto agitaba los intestinos: eran ceñudos mercenarios alsacianos; la calavera bordada en su gorro, y sus uniformes sombríos, los identificaban como miembros de un tristemente famoso cuerpo de elite, los Húsares Negros, o Húsares de la Muerte, hábiles matarifes, maestros de degollina, y la mejor fuerza disuasoria de la época. Tras reconocer el terreno durante unos minutos y comprobar que no había peligro a la vista, uno de ellos volvió grupas hacia el bosquecillo. Entretanto, el resto de los jinetes parecían estar formando un amplio círculo muy cerca de donde yo yacía, apostándose en actitud vigilante. No hubiera tenido ningún sentido solicitar auxilio, más aún cuando no había reconocido ningún jugador entre los húsares; así que, haciendo el muerto más convincente de todos los tiempos, me dispuse a presenciar aquella inesperada representación.



Un segundo grupo de adustos húsares se abrió paso entre la hojarasca. Rodeaban protectores a un jinete bastante ridículo a primera vista. Tenía la cabeza pequeña y redonda y, además del aparatoso gorro de corsario, vestía un gabán claro, sin distintivo alguno, demasiado largo para su corta estatura. Aún sin haberle reconocido, enfrentarme a sus ojos de ave de presa hubiera bastado para ahogar toda mi posible hilaridad.

Su sola presencia imponía respeto, y comprendí la tensión que antes había percibido en los escoltas. Pero ¿qué hacía Bonaparte separado de sus auxiliares y protegido sólo por medio centenar de húsares? ¿dónde estaban Berthier, Davout, Murat... el resto de su estado mayor?

Le observé con más admiración de la que mi personaje hubiera demostrado en presencia del verdadero emperador si se hubiera topado con él en 1805. No era para menos; *Belisarius*, nombre clave que escondía al misterioso ídolo del juego, hoy comandante en jefe de las tropas francesas, monopolizaba, desde hacía más tiempo que nadie en la historia, el primer lugar de las clasificaciones. Llevaba un número inconcebible de jornadas sin caer derrotado en una batalla, y, por tanto, sin perder su grado A-1 de indiscutible estrategia del bando asignado, así como sus privilegios de elección de batalla y bando.

Mi propio nombre clave era *Miles Gloriosus*, pero él no había escogido el de *Belisarius*, último gran estrategia de la Antigüedad, con talante irónico. Y nadie conocía su verdadera identidad, si bien no poníamos en duda que era un morador permanente de la estación. Hasta el tipo que limpiaba de babas las cañerías de ventilación podía esconder al invicto ídolo del juego. Ésa es una de las razones por las que nos gusta tanto.

Apenas habían transcurrido unos minutos desde su llegada cuando uno de los húsares que patrullaban más cerca de mí señaló con el sable en dirección Este, advirtiendo así a sus compañeros de la llegada de un nuevo jinete. Me volví con disimulo hacia el lugar indicado. No sé mucho acerca de los distintivos de grado a la usanza en el ejército ruso del XIX pero, a juzgar por el aparatoso penacho que coronaba el gorro del recién llegado, y por la cantidad de chatarra multicolor que acorazaba su pecho, aquel tipo debía ser el mismísimo Marte.

El emperador «*Belisarius*» tranquilizó a la escolta de figurantes con un gesto enérgico y, al paso, partió en encuentro del oficial ruso, seguramente para aceptar su rendición incondicional. Sus ojos, duros y herméticos, recorrían el campo de la matanza. ¡Qué tío! ¡debería aprender algo de él!; sobre todo en lo referente a las miradas herméticas... Me explico; estoy convencido, aunque es fácil decirlo ahora, de que siendo sólo un pelín más hermético con mis propias miradas, nunca me hubieran descubierto.



Belisarius obligó a caracolear a su alazán, haciendo hondear al viento las largas crines de la bestia y, altivo, gritó una orden referida a mí, mientras dibujaba con el dedo índice un elegante semicírculo en torno a su yugular. ¿Qué significaba todo aquello?

Tres de los escoltas, los que no se habían separado ni un segundo del emperador, se destacaron inmediatamente del grupo. Según pude apreciar, el que parecía mandarlos era humano. Hasta entonces el tipo lo había hecho muy bien ya que, si bien antes había estudiado cuidadosamente a todos los húsares, ninguno me había dado pruebas de ocultar un jugador. Era, con diferencia, el figurante más convincente que había visto nunca interpretar. Sin embargo, como ya he dicho, soy un hábil observador, no se me puede engañar durante mucho rato, y más habiendo servido en la caballería norteamericana de finales de siglo. El falso figurante, al espolear su caballo para enfilarlo hacia mí, había tratado de correr las espuelas sobre los flancos del animal con una brusca patada atrás, como si calzara espuelas de rueda, en lugar de arquear las piernas e incrustar el talón perpendicularmente al flanco, movimiento requerido para clavar las espuelas de pincho al uso en la época. Así, la espiga había resbalado sobre el flanco sin dañar al caballo, retrasando la maniobra. Un «auténtico» húsar negro, jinete de la escuela húngara, la mejor caballería europea, jamás hubiera cometido tal error.

Espero al menos haberles impresionado con mi perspicacia y erudición, pues ése es el único beneficio que esperaba obtener del dato; el hecho de que fuera humano o figurante no suponía diferencia alguna en cuanto al trance en que me encontraba.

Debo alegar en mi defensa que no me asusté —al menos no demasiado— cuando los caballos de los tres matones emprendieron un furioso galope hacia mi maltrecha carcasa. Después de todo, las reglas jugaban entonces a mi favor; si aquellos tipos se empeñaban en pisotear algo aquel día, sólo iban a encontrar un cuerpo vacío. Hasta me demoré en exhibir groseramente la lengua ¡Ja! Acto seguido, muy pero que muy seguido, subvocalicé a toda leche el comando de abandono... los cascos de los caballos hacían temblar el suelo junto a mi oreja...

...y volví a subvocalizarlo ...los resoplidos de los caballos hacían temblar el aire sobre mi cara...

Y lo subvocalicé de nuevo... Nada ocurrió, salvo que los jinetes estaban mucho más cerca, sólo unos palmos más atrás que la punta de sus sables. Subvocalicé por cuarta vez el comando de abandono. Luego lo grité, aunque los únicos ecos que surcaron el valle reclamaron algo así como «¡Piedad!».



«¡Concepto de Inminencia en relación a Muerte... ! ¡Montón de charra! ¡Sácame de aquí!»

Casi podía escuchar la risa del maldito SIC. «Monssieur le Guillotin ¿eh? ¡Jódete ahora, listillo!»

«En fin, nada menos que una orden directa del emperador referida a mi... esto me supondrá...» —tuve aún tiempo de decirme, acuchillado y pisoteado a conciencia, una y otra vez, más las que me perdí. El cuerpo mutilado del soldado francés saltaba como un pelele entre las patas de los caballos.

Tabla de resultados

Balance de la batalla: **Victoria francesa.**

Jugador **86.656**> nombre clave> **Miles Gloriusus**> asignación para la batalla: **D-2/soldadesca**/17.º de infantería/ bando francés.

> Balance de situaciones puntuables:

> penalización por comentarios no integrados>	-20 pts.
> por participación en maniobra estratégica/valor 3/10>	75 pts.
> por su influencia en dicha maniobra>	1 pts.
> penalización por pronto derribo>	-85 pts.
> penalización por herida grave>	-70 pts.
> por heroica resistencia en estado muy grave>	15 pts.
> por presencia en momento decisivo/valor 10/10>	5000 pts.
> por su influencia en dicho momento>	1 pts.
> penalización por muerte>	-100 pts.
> por victoria del bando asignado>	200 pts.

Balance Total: **5002 pts.**

Nueva clasificación: **6074**

Proxima asignación: **B-1 / oficial de 2.ª o su equivalente integrado.**

1. Estación de transbordo Vega-Exterior / Exterior-Vega

La tabla de resultados flotaba frente a mis ojos, la veía proyectada sobre el techo de mi habitación, sobre las paredes, sobre las sábanas; la veía en cualquier dirección en que mirara, como los ecos de una luz potente quedan grabados en nuestra retina, si bien el efecto introducido por SICAR resultaba mucho más nítido y duradero.

¡5000! Era la puntuación más abultada que había recibido en mi vida de jugador ¡Joder, casi más abultada que todas mis puntuaciones juntas!



¡Y sólo por estar allí, quieto como un cactus! Siempre había pensado que SIC tendía a sobrevalorar las jugadas estratégicas, mucho más entonces, después de compararlo con la miseria que asignó a mi heroica y doliente resistencia «en estado muy grave». El hecho es que me había servido para avanzar más de ochenta mil puestos en la clasificación, aparte del ascenso...

Pero esa no era la cuestión principal. Me esforcé por recordar todos los detalles del episodio mientras los tuviera frescos en la memoria, tan frescos que los espectros de los estímulos inducidos por SICAR parecían aún querer materializarse entre las sombras del aposento. El espectro más tenaz tomaba la forma de aquel húsar de las espuelas. Reprimí un escalofrío.

¿Qué había en la rendición de un oficial ruso que mereciera tanta consideración de cara al resultado final? Porque... ¿había sido en verdad una rendición lo que presencié?

Me incorporé pensativo sobre el camastro, mientras retiraba cuidadosamente la conexión neural del implante de mi nuca.

La tabla de resultados se desvaneció tan pronto como la diminuta clavija acabó de separarse con un chasquido de mi nuca, para quedar colgando mansamente del cable óptico que la unía a la pared. Lo siguiente fue mirarme las piernas. Seguían ahí, perfecto, tan flácidas como siempre por la falta de ejercicio, pero tan... tan «dos», y tan enteras... Casi se me saltaron las lágrimas de alegría. No puedo evitarlo, me pasa siempre que resulto herido en una batalla. Es como cuando, después de una pesadilla, de esas terroríficas ambientadas en la escuela, en las que están a punto de examinarte de algún tema oscuro y misterioso, despiertas para descubrir que tienes treinta y cinco años y además es Agosto.

Más relajado, me senté en el borde de la cama.

Muy cerca había un tipo alto y desaliñado, detrás del segundo camastro con que contaba la habitación; ya saben, el que suele estar cinco pulgadas más alejado de la puerta ¡je! De espaldas a mi, el tipo teceaba furiosamente sobre un terminal de los convencionales, iluminado fantasmagóricamente por el resplandor de la pantalla. Estaba tan absorto que no parecía haberse percatado de mi presencia, aunque me recordé que con los figurantes hay que ser prudente. Tienen muchos ojos.

Con todo, había algo en él que me resultaba familiar, por eso intenté buscarle rasgos humanos antes de iniciar cualquier acción agresiva. Y los encontré todos, claro. Me sacudí, molesto conmigo mismo, intentando dejar atrás los reflejos del juego. Era sólo Julius, mi compañero de habitación desde hacía cuatro largos años. Debía estar trabajando con su últi-



mo programa de adiestramiento, creo que un cursillo de pilotaje de cazas, para novatos en la Batalla de Inglaterra. Vale.

—Julius...

—¡Ah! Miles... ¡por fin acabaste! — exclamó volviéndose. El día que Julius se peine... — has estado tanto tiempo sin menearte ni chistar que pensé que te habían liquidado definitivamente...

—Sí, bueno, ha sido una partida extraña... ¿qué tal tu jornada?

—Horrible, Gloriosus, horrible... derribado a los cinco minutos de despegar. Y encima no se abrió el jodido paracaídas... Te ahorro los sordidos detalles sobre la... «gloriosa» zambullida en el Canal... si no me agradan para siempre me consideraré afortunado...

Julius desconecta el implante en cuanto se siente clausurado; no sé por qué, pero jamás mira las puntuaciones. Supongo que adora que le sorprendan con su asignación al iniciar una batalla; incluso escoge entre las batallas disponibles sin examinar el menú. Aún así no le va mal o, por lo menos, eso dice. Todo el mundo tiene acceso a las puntuaciones de los demás, pero no puedes saber a quién pertenecen si no adivinas el nombre clave de cada uno.

Julius conoce el mío, no tengo nada de qué avergonzarme. Lo único que me molesta es que, en privado, lo use a veces como apodo; pero me molesta más aún cuando me llama Gloriosus a secas; es mejor nombre para un caballo, y no me parece justo que lo emplee contra mí. Después de todo, yo le enseñé esa palabra, que ahora utiliza cada dos por tres, venga o no venga a cuento...

—¡Je! Y todavía pretendes enseñar a los novatos a volar... —le dije picado— pronostico una generación de grandes nadadores...

—¡Bah! Pura mala suerte... en cambio su alteza ha debido aguantar hasta el final de... —consultó los horarios en el terminal— Austerlitz, por lo que veo. Quietecito y mudo ¿no?

—¡Que te jodan!

—Venga, no te sientas avergonzado —continuó burlón— Con esa estrategia de mi parte yo también me hubiera escondido en un hoyo... ¡hala! a esperar plácidamente los doscientos puntitos...

Qué injusticia, con lo que había tenido que pasar... Aquello corría el riesgo de convertirse en otra de nuestras habituales peleas dialécticas, así que lo dejé correr. La mención de *Belisarius* había resucitado mis dudas sobre la batalla que acababa de abandonar.

—Julius...

—¡Presente en la formación!

—¿Sabes algo de trampas en el juego? —le pregunté inseguro.



—¿Trampas? ¿Me preguntas a mí si sé algo de trampas? —dijo con falsa indignación, reprimiendo las carcajadas— ¿Sabes cuántas veces me han acuchillado por la espalda para robarme mis flechas? ¿Sabes cuantas veces he sido liquidado por seguir una orden absurda? ¿Sabes el porcentaje de paracaídas que no se abren? ¡Trampas! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—No me refería a ese tipo de trampas —contesté, aunque otra nueva idea pugnaba por salir.

Quizá SÍ se trataba de eso. Una avalancha de preguntas inundó mi cerebro y supe que no ya no descansaría hasta conocer todas las respuestas.

¿Qué beneficio podía obtener alguien de hacer trampas en el juego traicionando a su bando?

¿Se penalizaban las trampas como se penalizaba la desobediencia a una orden directa?

¿No constituía la fidelidad al bando una orden directa?

Y lo que era aún más inquietante...

¿Interpretaría el SICAR una traición humana como trampa?

La jornada en el trabajo se me hizo interminable. Una de las razones por las que nuestra estación de transbordo fue pionera en el desarrollo de las simulaciones de batalla reside en la enorme cantidad de tiempo libre de que disponemos, al menos durante la mayor parte del año. Hacinados como estamos, 150.000 personas en apenas seis kilómetros cuadrados de cubiertas habitables, con los bolsillos repletos de dinero y sin casi nada donde gastarlo, sometidos además a una estricta jerarquía burocrática, hubiéramos acabado degollándonos unos a otros en los pasillos sin algo lo suficientemente cruel y sangriento para desahogar la tensión.

No obstante, cuando hay una nave en los muelles, la cosa cambia. Todos los sistemas de la estación operan a pleno rendimiento y si alguien está más atareado que los técnicos de los muelles, somos nosotros, los jodidos burócratas.

Aunque supongo que debería estar orgulloso de mi trabajo; al fin y al cabo, el tráfico de la Galaxia depende de las estaciones de transbordo y de nosotros, los jodidos burócratas. Antaño, cada nave, fuera carguero o acorazado, debía contar con dos tipos de impulsores, el químico o nuclear para vuelo ordinario dentro de los sistemas, y el gigantesco impulsor Seldon, más grande casi siempre que la misma nave, para vuelo hiperlumínico interestelar. Esto las hacía no sólo increíblemente caras, sino también insoportablemente lentas en vuelo ordinario.

Ahora los impulsores Seldon los guardamos nosotros, en el límite de los sistemas. Que una nave viene, digamos de Aldebaran, pues le quita-



mos el impulsor y ¡tira millas!; que quiere marcharse, pues le plantamos un impulsor en la chepa y ¡tira parsecs! De esta manera se puede mantener fluido el tráfico con una sola estación y media docena de impulsores por sistema. El único problema es que las condiciones de vida en la estación son tan deleznable que, si no fuera por los juegos y los sueldos astronómicos, nadie querría trabajar en ellas.

Los sueldos están muy bien pero, ¿saben el papeleo que acarrea preparar una nave de sistema para el viaje interestelar? No se puede ceder un impulsor a cualquier listillo... Facturas, recibos, albaranes, impuestos, permisos, formularios, revisiones, licencias, pasaportes, justificantes, giros, resguardos... doce horas delante de un terminal, con el aliento del viejo Supervisor Krailo pegado al cogote. «¡Vamos, vamos...! ¡que te veo en los conductos de ventilación con el cepillo de babas...!» Siempre me lo imagino tocando el tambor en las antiguas galeras... «Rema... rema... y rema... o flema... flema... y flema...»

¡Maldito tirano! ¡No sé como le aguantamos! Bueno, en realidad sí que lo sé. Resulta relativamente fácil soportar una bronca del jefe cuando la noche anterior dirigiste un escuadrón de caballería contra las colinas de Balaklaba, o bien mandaste al fondo la escuadra francesa en Abukir. Al fin y al cabo, lo que impide que nos matemos unos a otros en esta estación es el juego, no los artículos de sociedad.

Hay además otra cosa que me consuela: conservo todos los tics y muecas del tirano almacenados en la memoria. El día que lo reconozca en una batalla planeo romper mi regla de no dañar humanos... ¡romperla!, ¡y romperla!, ¡y romperla!, ¡y rom...! tic, tiquitic, tic, tic «Vamos, vamos... cepillo de babas, cepillo de babas...»

Y encima, después de una jornada de juegos sólo trabajan los tontos. Ahí estaba el payaso de Rex, con su pelito engominado y su dentadura perfecta, tirándole los tejos a Thelma, la morena de contabilidad, y sin dar un palo al agua. Thelma bostezaba soberanamente y, cuando descubrió que los miraba, me dedicó una cara muy de circunstancias, del tipo «Qué vamos a hacer con este individuo...» Seguro que Rex le estaría contando embustes sobre sus increíbles logros en la batalla de ayer. Dejando caer el muy baboso, como por accidente ¿saben?, datos que nos hicieran sospechar que podría ocultar al mismísimo *Belisarius*. Luego ¡chui! un besito a Krailo en el oje y «¡buen trabajo, Rex, buen trabajo!»

Por suerte, a Rex le puedo partir la cara en la misma oficina.

Pero ¡ánimo! Tres años más para cumplir mi contrato con la estación y no me faltara dinero el resto de mi vida. ¿Se juega a las batallas en la superficie de los planetas tropicales?



Después del trabajo tomé uno de los enormes ascensores de cristal que descienden a la cubierta Babylon, círculo social de la estación, zona de coqueo, expendeduría de drogas y sexo ocasional. Todo bastante inofensivo, lo sé, pero yo necesitaba urgentemente relajarme un poco, y las simulaciones eróticas no me motivaban en aquel momento, hubiera sido demasiado fácil ver el rostro del húsar siniestro detrás de cada voluptuosa figurante.

El capullo de Rex, con la excusa de ir en la misma dirección, aprovechaba para pegarse a mí entre la multitud que abarrota los ascensores en hora punta, vomitándome sus batallitas en el oído. Probablemente no me lo iba a quitar de encima en toda la noche.

—...es un error utilizar la caballería como fuerza de choque, demasiado expuesto a los cuadros, como quedó bien demostrado en Waterloo... Mejor aprovechar su velocidad para cercar al enemigo por los flancos, mientras empleas la artillería como barrera de contención, y a la infantería como señuelo y bla, bla, bla...

A saber donde habría leído todo eso el muy mamarracho. Estoy seguro de que, en realidad, nunca ha pasado de trompeta, pero ahí lo tenía, amargándome la tarde como si no estuviera ya lo bastante quemado de que Krailo mascullara en mi nuca.

—¡Hazme caso, hombre! —continuaba el tío— La alta estrategia es la única forma de ascender, tanto en el juego como en la realidad. Yo no podría pasarme la vida como tú, lamiendo el culo de Krailo... ¡hay que ser más agresivo!

Decidido. Tal vez el desahogo que necesitaba fuera ver sus dientes perfectos rebotando contra el cristal del ascensor... ¡qué diablos! ¿por qué no? Con un añito más en la estación pagaría la multa y su ortodoncia. En ese momento me parecía un trato formidable.

—¡Vaya, Rex! ¡Ése sí que es un consejo...! —le dije— Por cierto, ¿has seguido algún cursillo de lucha greco-romana?

Rex debía estar de suerte aquel día pues, en el momento en que me disponía estrellar mi cabeza contra su mandíbula, detecté a Pamela entre la multitud que subía lentamente en el ascensor gemelo. Nuestras miradas se cruzaron, hubo un chispazo de reconocimiento. Olvidé a Rex de inmediato y, antes de que los ascensores se rebasaran mutuamente, dirigí a Pamela un gesto sexualmente explícito, uno de los que habíamos usado durante años para reconocernos en batalla, y que nos había costado a los dos aclarar no pocos malentendidos... y no menos ligues virtuales

Pam fue en su tiempo otro de mis ocasionales novatos, aunque nada convencional en muchos sentidos. Ella era sin duda, con su agilidad y re-



flejos, la mejor luchadora que yo había conocido dentro del juego. Carecía de dotes para la estrategia pero, a la hora de emboscar y matar, no había otra mejor, tanto que pronto me superó en las clasificaciones. Era además extraordinariamente ambiciosa, quería llegar a lo más alto del juego. Nunca me atreví a herirla diciéndole que jamás lo conseguiría, matar eficientemente no basta para alcanzar el estado mayor.

Pero lo más importante: Pam fue el primer novato que había llegado a conocer hasta entonces en la vida real. Formábamos un equipo tan bueno cuando conseguíamos encontrarnos en batalla, que nos las arreglamos para burlar el filtro lingüístico de SIC y, gracias a fintas y metáforas, nos citamos en un bar de la cubierta Babylon llamado La Trinchera. Como ven, resultó más sencillo de lo que parecía, con eso de las fintas y las metáforas...

Imagínense la cara que puse al descubrir que mi feroz camarada de guerra era una chica. Y una chica tan atractiva, además. Aquel mismo día nos declaramos una furiosa guerra de sexos.

Durante una temporada llegué a soñar que nuestra relación prosperaría, que descenderíamos juntos a los planetas y todo eso; pero desde su promoción a jefa de departamento nos citábamos con mucha menos frecuencia, y nunca en batalla. Defraudada en el juego, daba la impresión de haber trasladado a la vida real todas sus ambiciones de ascenso (creo que lo llaman madurar, tengo que acordarme de hacerlo yo también un día de estos). El caso es que desde entonces parecía rehuirme, siempre decía estar muy ocupada, incluso cuando el único entretenimiento, aparte del juego, consistía en comparar nuestro ombligo con la forma de la Galaxia.

Era una excusa, claro. Yo sabía de buena tinta que se citaba con otro tipo. Los había sorprendido en La Trinchera, muy acaramelados. A él no pude verlo con claridad entre la multitud, aunque reparé en que parecía un tipo bastante mayor y muy distinguido, alguien más acorde que yo con su nuevo standing. Pero a ella la reconocí enseguida, jugaban entre risas a nuestro juego de «Pesca la Pastilla en el Escote». Aquello fue lo que menos me dolió, yo también he utilizado alguna vez con mis nuevas conquistas los juegos de las viejas amantes.

Yo era un viejo amante y descendería rico a los planetas, sólo rico...

Por suerte para mi y para Rex, después de parecer dubitativa durante unos segundos, las manos de Pamela dibujaron desde las alturas de su ascensor un gesto conocido.

¿En tu alacena o en la mía?

El desahogo físico no estuvo nada mal, pero lo mejor vino después. No puedo evitarlo, el coito desahogado me vuelve excepcionalmente co-



municativo, y entonces necesitaba hablar con alguien de mis nuevas inquietudes. Le narré el episodio del presunto traidor ruso, la sorprendente reacción de *Belisarius*, le hablé del húsar psicópata, del abultado tanteo, de mis sospechas de juego sucio...; incluso de los extraños sueños que había tenido en batalla, durante las horas de inconsciencia.

Para mi sorpresa, se lo tomó más en serio de lo que podía esperar. Pareció primero sorprendida, luego profundamente intrigada, al final, casi asustada. Apartó de un manotazo las sábanas y, como Dios la trajo al mundo, comenzó a dar nerviosos paseos por la habitación.

Con cierta mala baba, y calmada ya la ceguera pasional, comprobé que ésta no era mucho más grande que la mía. No se pueden sacar privilegios de donde no los hay, y los aumentos de sueldo no sirven para gran cosa en la estación. Pero, al menos, y por suerte para los dos, era un cuarto individual.

—No, no creo que seas un loco, ni un paranoico —dijo plantándose en medio de la habitación, con las piernas entornadas y los brazos en jarras. Consideré seriamente lo de repetir— no eres el primero que advierte fenómenos extraños en el juego, sobre todo en torno a *Belisarius*... lo hace demasiado bien, y todo parece favorecerle, pero nadie se ha molestado todavía en hacer nada al respecto. Supongo que para no dar imagen de malos perdedores...

Me desenredé del embrollo de sábanas causado por las contorsiones de Pam (acostarse con ella pone a prueba las costillas y riñones más curtidos... imaginense los míos) y, desnudo, tomé asiento en el borde de la cama. ¿Cómo se las arreglaba ella para mantener sus muslos tan apretaditos y recios? ¿Y el pecho tan firme? ¿Y la cintura tan...? ¡Diablos! Usé la sábana arrugada como toga, un gesto de pudor totalmente inútil pues Pam, sentada como un chico sobre la cómoda, ni siquiera se molestaba en examinar mi vergüenza. Quizá se estaba tomando el asunto demasiado en serio; mi última intención era inquietarla por algo que, al fin y al cabo, sólo constituía un pasatiempo adicional. Como jugar a detectives dentro de la batalla. Un juego dentro de otro juego. Me acerqué a ella con la lengua fuera y cara de vicioso y mi mano reptó por el interior de su muslo.

A los dos segundos, estaba de bruces en el suelo, totalmente inmovilizado.

—Me parece que no te das cuenta de la seriedad de lo que presenciaste, forastero —susurró ella riendo en mi nuca, mientras me apretaba la cara contra el suelo. Joder, estaba harto de que me susurraran cosas en la nuca— quiero decir que el juego es IMPORTANTE —concluyó.



—¿Crees que no lo sé? ¡Sirve para evitar cosas como ésta! —le dije al felpudo— Pero ¿que quieres que haga! Que grite: ¡arrenuncio, SIC, arrenuncio, Beli es un tramoso! ¡Castígale sin postre!

Pam aflojó la presa y aproveché para darme la vuelta. Ya me lo decía mi abuelito, con las mujeres hay que hablar y ser gracioso; sólo que él se refería a ligar mejor, no a defensa personal...

—O que le ponga una querrela a un fantasma —continué— Ya sabes que, aún contando con que la justicia ordinaria se interesara, los nombres clave son inviolables. En cuanto a los estatutos del juego, nada dicen sobre las trampas inter-humanos y, ¿qué puedo haber visto yo, o cualquiera, que SIC no haya visto antes? ¡Si él no hace nada qué puedo hacer yo!

Pam frunció los labios y chasqueó varias veces la lengua, adoptando un delicioso mohín de reflexión.

—Creo que tienes razón —dijo soltándome los brazos, para después descansar sus nalgas a horcajadas sobre mi pelvis— será mejor que no hagas nada de eso. Yo intentaré asesorarme con algunos amigos...

—Es más... —añadí yo crecido, crecido en muchos aspectos— ¿qué beneficio real podría obtener *Belisarius* de hacer trampas? Quiero decir... ¿es tan importante ganar? Hasta tú te has dado cuenta de que la ambición es absurda en el juego...

Me arrepentí inmediatamente de mi comentario, pero Pam, tan madura ella, no se había ofendido en absoluto. Se quedó pensativa unos segundos, volviendo los ojos al techo, momento que aproveché para voltearla y encaramarme sobre su vientre. Se dejó ganar y relajó el cuerpo sobre la moqueta.

De repente, sus piernas apretaron mis caderas y levantó la cara. Había tenido una idea divertida.

—Pero ¿Y si *Belisarius* no pensara como nosotros? ¿y si no fuera humano? ¿y si *Belisarius* y SIC...?

—Vamos, Pam, seamos realistas... —le dije. Estaba demasiado ocupado con la sábana-toga para preocuparme de asuntos tan triviales. ¿Cómo se las arreglaba para tener un cuerpo así?

—Oye, Pam...

—¿Uhhmmmm?

—¿Te he dicho alguna vez que los dibujos de tu ombligo me recuerdan a la Galaxia?



Cada uno de los ocho primeros clasificados, el Olimpo de los A-1, recibe en su terminal al inicio de la jornada una invitación para asumir el cargo de estrategia supremo del bando asignado. Muy raras veces se rechaza esta invitación, aún sabiendo que, por fuerza, cuatro de ellos han de recibir al final el tanteo de -500.000 puntos, la temida Penalización por Derrota, que los sepultará irremisiblemente en el fondo de la tabla.

Resulta ciertamente una penalización exagerada para una sola batalla, máxime cuando los A-1 no puntúan positivo, consistiendo el único premio para los ganadores en la victoria y la permanencia, y por ese motivo levantó agrias polémicas desde la aprobación del estatuto. Pero tiene su razón de ser. En el juego prima la igualdad de oportunidades y, por tanto, sería injusto que una elite de oficiales veteranos se instalara a perpetuidad en los primeros puestos. La penalización sirve para ir haciendo limpieza en la zona de los A, permitiendo la renovación, lenta pero continuada, del estado mayor.

Con todo, tanta polémica acabó propiciando la inserción en el estatuto de la 1.^a Enmienda, o Enmienda de los Notables, que convertía en optativa la aceptación del generalato. Fue esta una habilísima maniobra por parte de los primeros legisladores, pues conociendo el natural orgullo y talante ambicioso del espíritu humano, sería difícil que alguien rechazara la oportunidad de probar su valía como estrategia supremo. Así, la primera enmienda, lejos de devaluar el principio de igualdad, y al trasladar al jugador toda la responsabilidad de su degradación, se revelaba como una medida que debía contentar a todos, sin enmendar nada en realidad.

En cuanto a los elevados índices de suicidio post-derrota a los que hace referencia el Informe de la Comisión, las investigaciones han demostrado sobradamente que, en todos los casos, existía una confluencia de distintos motivos, entre los que la derrota, antes que causa primera, actuaba a modo de fulminante, al igual que podría haberlo hecho un último revés amoroso, o un simple descenso de la presión arterial. Asumimos que el riesgo es grande, y que el castigo resulta severo para los jugadores acostumbrados a la emoción de los más altos niveles, pero, ante todo, debemos aprender a mantener respecto a este tema un mínimo de perspectiva. No olvidar nunca que hablamos de eso, de jugadores, y que todas las reglas, estatutos y castigos, aún con la solemnidad que conllevan, siguen correspondiendo al ámbito de los juegos de ordenador.

**Dpto. de Relaciones Públicas, asignado a la defensa de SICAR.
(Extracto de su Carta Abierta a la Comisión Investigadora)**



13/11/2989 > Jornada 17/ Batalla de las naves / Troya 1300 A.C

La playa de Ilión, puerto estratégico que dominaba el Paso de los Estrechos, gravando el comercio entre el Helesponto y el Ponto Euxino, era tal y como yo la había imaginado cuando leí por primera vez los cantos del viejo poeta Homero. La batalla junto a las naves también, excepto por dos cosas: la primera, que los dioses no intervendrían en esta ocasión; y la segunda, que los griegos, después de nueve años de guerra, iban a ser arrojados al mar sin remedio. Yo combatía en el bando griego, pero no me importaba perder; sobre todo porque el cabrón homicida de *Belisarius* —hoy Agamenón— con sus ojos herméticos y sus elegantes semicírculos en torno a la yugular, estaba encajando una buena paliza.

Troya se presentaba en la jornada 17 como nuevo escenario, y *Belisarius*, quizá por un exceso de confianza, o quizás por desconocimiento de la época, había planteado mal la batalla desde el principio. Sin duda se había preparado para un asalto a las murallas de Troya, que se alzaba, orgullosa y vigilante, en mitad de una extensa planicie de olivares cercada por el Escamandro y el Simois, a varios kilómetros del lugar donde reposaban en la arena las negras naves de los aqueos. No sabía que las más importantes batallas entre griegos y troyanos, ayudados estos últimos por fuerzas asiáticas temerosas de la expansión griega en Oriente, habían tenido lugar a campo abierto. Por eso le tomó por sorpresa el temprano ataque de Hector a la empalizada que rodeaba las naves, por eso no reaccionó con rapidez y, por eso, ahora, entre densas nubes de humo, la cuarta parte de las naves ardían sobre la playa, y las jabalinas y flechas de los troyanos saturaban el cielo sombrío. El conquistador conquistado.

Las fuerzas griegas, aqueas y eolias, aunque superiores en número, habían sido partidas en dos; los eolios sorprendentemente torpes y lentos al principio, se batían ahora con desesperada audacia junto a la desembocadura del Simois. Pero, encerrados como estaban por las huestes de Eneas contra el río, el mar, y la empalizada, sucumbirían miserablemente de no recibir refuerzos para romper el cerco. En cuanto al ejército aqueo, formado, como todos, en su mayor parte por figurantes, se defendía, medroso y desorganizado, desde la cubierta de las naves más cercanas a la empalizada. Ocurrió que los figurantes, reaccionando con realismo a lo fulminante del ataque, se habían apresurado a refugiarse en éstas, y los humanos, aunque menos temerosos de la muerte como es lógico, no habían tenido otro remedio que seguirles para no quedar aislados en el campo.

Agamenón, en lugar de combatir al frente de las tropas, como era obligación de los reyes y héroes, se había atrincherado en la retaguardia



con numerosa escolta de guerreros argivos, alrededor de las naves más cercanas al mar, donde aún no se combatía. Esperaba sin duda el momento en que Aquiles acudiera con sus mirmidones a sacarle las castañas del fuego. (Éste, para reproducir en lo posible las condiciones reales, no podría incorporarse al combate hasta mediodía.) Pero, tal y como transcurría la batalla, para entonces todas las naves serían pasto de las llamas con sus defensores dentro. En este mundo Ulises jamás regresaría vivo a Ítaca.

Así estaban las cosas cuando arranca el relato de mi participación. Yo mandaba un centenar de hoplitas beocios y, si bien podía recibir en cualquier momento órdenes de los grandes caudillos, particularmente de Idomeneo, mi rey, hasta el momento, y gracias al caos general, había gozado de bastante autonomía. Deduje que debía ser uno de esos comerciantes ricos que aportaban al ejército algunos hombres y un par de barcos, costeando todo de su propio bolsillo.

Lo del mando iba a ser una experiencia nueva para mí, así que mi primera decisión fue dividir mis fuerzas en cinco grupos de diez hombres, tantos como jugadores humanos encontré para capitaneárselas, reservándome cincuenta hoplitas a modo de protección contra húsares malcarados. No tuve problemas de insubordinación, pues los figurantes deben obediencia a su jefe humano más inmediato. En cuanto a los jugadores, aparte del efecto causado por mi veloz identificación, el cuerpo que SIC me había asignado estaba a la altura de las circunstancias; parecía más el de un atleta que el de un obeso comerciante, y no tenía nada que envidiar al del mismísimo Aquiles. Mi coraza y escudo, sin haber sido forjadas por Hefesto, estaban finamente grabadas con motivos religiosos, las dos jabalinas eran ligeras y flexibles, la espada de doble filo, elegante y bien equilibrada, las grebas, cómodas y tachonadas de dorados remaches y el casco, en cuya máscara el rostro de Ares aullaba iracundo entre colmillos de jabalí, absolutamente divino... Hubiera dado cualquier cosa por un espejo. «¡Cuidadito! Los dioses SÍ intervienen en esta batalla... TUTURURURÚ... ¡brid paso al dios Miles, protector de los formularios y los ombligos...!»

Pero la batalla en sí misma no constituía mi principal objetivo; en esta ocasión mi interés se centraba en *Belisarius*. Después de pasar toda la semana dándole vueltas al asunto, había decidido no perder de vista sus movimientos. Si en la Batalla de las Naves iba a haber algún Momento Decisivo valor 10/10, de entrada yo no quería perdermelo. Más tarde decidiría si lo aprovechaba para mis propios fines o trataba de aguarcelo. Por eso había mantenido a mis hombres lejos del frente, dispersando los



pelotones en torno al campamento de *Belisarius*. Sus jefes debían capturar y traer a mi presencia a cualquier troyano no agresivo que quisiera acercarse a las posiciones de Agamenón.

Había establecido mi base de operaciones en el ágora, la plazoleta circular usada para las asambleas que, a imitación de las grandes polis, los griegos habían dispuesto en mitad del extenso pueblo de tiendas. Dado que mi escolta aparecía como la fuerza más numerosa y organizada que campaba entre las tiendas, carros y máquinas de guerra abandonadas por las tropas, no temía sobresaltos, ni por parte de desertores, ni de saqueadores troyanos aislados. Sólo me restaba esperar pacientemente noticias de las patrullas mientras disfrutaba del lejano fragor de la batalla.

El entretrechocar de las espadas me despertaba deliciosas imágenes, acerados filos rajando el yelmo de Agamenón, gorros peludos con calaveras bordadas atravesados por puntiagudas jabalinas... Me recordé, divertido, que por esas fechas Clitamnestra sembraba en Argos, junto a Egisto, soberana cornamenta en la frente de Agamenón. Lo veía todo tan color de rosa que incluso me planteé beneficiarme de alguna de las sensuales esclavas figurantes que veía asomar de cuando en cuando entre las tiendas. El cuerpo del comerciante reaccionó a la idea como cabría esperar de un dios.

Como digo, mis planes no podían funcionar mejor. Apenas llevaba media hora «combatiendo» con las piernas en alto, cuando regresó una de mis patrullas. Arrastraban a un exótico guerrero de tez oscura, larga y rizada barba y nariz aguilena, que lucía por encima de la coraza una llamativa piel de león. Era humano, desde luego, y no parecía asustado, sino que sonreía con confianza mientras se dejaba guiar hasta mi. Aparté a un lado el cesto de frutas que había estado diezmando fieramente y me incorporé para recibir al hoplita humano al mando de la patrulla. Era un beocio fornido, con una fea cicatriz que le surcaba la cara desde la frente hasta el mentón.

—Saludos, estratega —el pobre hombre creía que yo ocupaba un puesto en el estado mayor, es lo que pasa cuando tu uniforme depende del dinero que tengas— hemos sorprendido a este troyano mientras trataba de acercarse a escondidas al insigne Agamenón. Aquí lo tienes, como ordenaste.

—¿Ha ofrecido resistencia?

—Al contrario. Se ha entregado enseguida, lo cual es raro, pues su ejército tiene todas las de ganar; al menos diez naves más han caído bajo las llamas, nuestras tropas se repliegan sumidas en el caos, y hace rato que Hector combate con el mar a tiro de jabalina. Un simple gesto de



este gallina y hubieran caído sobre nosotros. Hemos corrido un gran riesgo por obedecer tus órdenes...

—Entiendo —dije, intentando parecer contrariado— Buen trabajo, noble beocio. Este...Zeus te compensará por tu valor...

El de la cicatriz se retiró ufano, imaginando ya las jugosas puntuaciones con que ZEUS-SIC le compensaría. Yo me encaré con el asiático, a quien los hoplitas figurantes mantenían arrodillado sobre la arena, amenazándole con sus lanzas.

—¿Quién eres tú, noble estratega? ¿Ocupas un puesto de honor en el consejo junto al hijo de Atreo, el de hermosas grebas? —me preguntó con la boca llena de miel. SIC estaba aquel día muy épico en sus apaños lingüísticos— has de saber que porto decisivas nuevas para vuestro caudillo... Sin duda, el rey de Argos derramará sobre ti sus bendiciones si le informas de mi presencia, o me conduces hasta él. Nada debes temer, pues vengo, como ves, solo y desarmado...

—¿Y cuáles son esas decisivas nuevas, noble amigo de Troya? —le dije apoyando el filo de mi espada bajo su cuello. Toda la miel se le cuajó en la garganta— ¿Quizá informes exactos sobre vuestras tropas?

—No, yo...

—¿O quizá que esperas su señal para volver a tus persas contra el príamida Hector, pastor de hombres, el de los pies ligeros, el de larga cabellera, el de certeros dardos...? (¡Toma ya!) Dime, noble amigo...

—Sólo a Agamenón, comunicaré mis nuevas... —contestó con voz temblorosa. Pero, al punto, pareció calmarse y, ladino, continuo— Mas, aunque así fuera... ¿qué puede importarte a ti, noble estratega de bruñido peto? ¡Sea tu gloria la del átrida! ¡Sea tu *botín* comparable al del rey de los mirmidones! ¡Derrame ZEUS sobre ti...!

—¿Y qué obtendrás tú, reptil de empalagosa lengua? —le pregunté, pues ahí radicaba gran parte del misterio— ¿de qué se compone tu *verdadero botín*...?

En ese momento, el clamor de la batalla multiplicó su intensidad, ahogando la respuesta del traidor; un violento choque acababa de tener lugar en la playa. Las arengas de los héroes y los lamentos de los heridos se alzaban sobre el entrecocar de dardos y corazas. Las arengas vitoreaban a Hector, los heridos maldecían la torpeza de Agamenón. El combate se desarrollaba ahora mucho más cerca de nosotros. Dejando a un lado al traidor me encaramé sobre el brazo de una pesada catapulta, para poder ver así, por encima de las tiendas, lo que ocurría en el campo de batalla.

Los troyanos habían logrado abrir una brecha en nuestras defensas y, mientras la mayoría de los aqueos luchaba contra el fuego de las naves, el



cuerpo principal del ejército de Hector, había chocado fieramente con las huestes argivas que custodiaban al estratega. Agamenón había perdido, y todas mis sospechas y planes, si no infundados, carecían ya de utilidad. *Belisarius* sería derrotado y degradado al fondo de la tabla... Me incliné sonriente hacia el traidor.

—Tus nuevas son ya inútiles. Ni tú ni Zeus salvaréis a Agamenón en este día je, je...

Entonces mi sonrisa se congeló. Había sentido algo frío y húmedo rodar por mi nariz. Otra nueva gota de agua resbaló en el casco y rebotó sobre mi hombro. Mis hoplitas volvieron los ojos al cielo. Ahora era el traidor quien sonreía.

—¿Estás seguro, noble estratega de abigarrado yelmo?

Las gotas caían ya regularmente sobre nosotros, sobre las tiendas, sobre Troya... sobre las llamas que consumían las negras naves. Llovía sobre la playa de Ilión.

Un aullido de entusiasmo se elevó entre las filas de los aqueos. La lluvia sofocaría las llamas y restañaría las heridas, los griegos recobrarían el mar, y Troya, al fin y al cabo, no estaba tan lejos. Los figurantes, enardecidos por aquel signo de favor divino, saltaban de las naves y, tomando las armas, caían sobre la columna de Hector, quien, cercado y hostilizado en todas direcciones, trataba ahora de replegarse hacia la empalizada.

Todo eso veía yo desde mi atalaya, con un nudo en la garganta. ¡Aquello era el colmo! Sólo los dioses controlaban las condiciones climatológicas, por lo tanto, yo me había equivocado de nuevo: los dioses participarían también en esta batalla, y Zeus salvaría a Agamenón.

Las palabras de Pam resonaban ahora en mi cabeza, y ya no tenía ninguna duda de quién se ocultaba bajo la identidad de *Belisarius*.

Pero no necesitaba llegar hasta Agamenón para decirle lo que pensaba de sus argucias...

Bajé de un salto de la catapulta y, aferrando del cuello a uno de mis propios figurantes hoplitas, lo empujé hasta el interior de una tienda cercana. Estaba completamente fuera de mi; la ira, que nunca hasta entonces me había dominado en el juego, dictaba ahora mis acciones ante la monumentalidad de la estafa. Todo lo que la batalla tenía de hermoso se convertía en mierda detrás del velo carmesí que cubría mis ojos...

Un brusco movimiento de muñeca, y el hoplita quedó clavado al poste central de la tienda, con mi espada sepultada en sus entrañas hasta la empuñadura. Un hilo de sangre manó de su boca.



—¡SIC, maldito cabrón! ¡Es a ti a quién hablo! ¿qué demonios pretendes con esto? —vociferé en su cara.

—No entiendo, noble estratega... ¿por qué? —la voz medrosa y gímoteante del hólita se debilitaba por momentos. Pero yo esperaba respuestas esta vez.

—¿Lo quieres todo, montón de chatarra? ¿No sabes perder? ¿Eres incapaz de ganar sin trampas?

Entonces me detuve de repente. Allí ocurría algo extraño. ¿Por qué mis comentarios no habían sido censurados?

El hólita habló, pero su voz no era la misma de antes. Se había convertido en la voz de un niño, de un niño cuya alma se había forjado en la batalla. Un niño que sonreía con diez pulgadas de bronce en las entrañas. Un niño muy viejo.

—**Llovía sobre las playas de Ilión** —dijo SIC.

Asustado, retiré inmediatamente la espada, y el figurante se derrumbó sobre el suelo de la tienda. Mi ira se había desvanecido por completo. ¿Cómo me había atrevido a desafiar a SIC en su mundo cuando tenía una conexión neural insertada en mi nuca? ¡cuando podía freírme el cerebro en cualquier instante...! En un gesto, debo reconocer que tremendamente ingenuo por mi parte, subvocalicé el comando de abandono. Antes de que terminara de hacerlo, SIC habló de nuevo. Sus palabras me dejaron helado.

—**¿Quieres abandonar, jugador *Miles Gloriosus*? ¿No verás hoy el final de la batalla?**

—¿Para qué? —balbuceé intentando retroceder, no sabía hacia dónde— ¿Para ver como tus trampas derrotan a Hector? ¡No tenemos ninguna oportunidad contra ti!

—**Te equivocas. No quiero trampa en mi mundo, jugador 6074, en mi mundo sólo quiero Guerra.**

Los ojos del hólita centelleaban. La sola mención de la guerra los llenaba de una pasión casi terrorífica, aunque también extrañamente seductora.

—¿Ah, sí? ¿Y qué valor le asignas a la traición?

Mientras hablaba, el figurante se hurgaba en la herida del vientre con repugnante displicencia; tiraba hacia fuera de sus tripas y parecía complacerse en lo que veía, como un niño que admira satisfecho su último pastel de barro.

—**No valoro la traición. La traición no es nunca Guerra, la traición es siempre política. No hay política en mi mundo, sólo Guerra. Busca en tu mundo.**



—¡Vaya! Y, ¿qué ha sido lo de hoy?

Hubo un breve silencio que me sonó como un suspiro. Finalmente, en respuesta a mi pregunta, el hoplita alzó una mirada que pretendía ser inocente. Pero sus labios se contrajeron en una mueca irónica para responder, muy lentamente, con una voz de niño ingenuo que sus gestos desmentían:

—**Llovía sobre la playa de Ilión, hubiera llovido también sobre las llamas de Troya.**

—¿Cómo puedo creerte? ¡Háblame de *Belisarius!*

—**Yo soy el SICAR, y mi naturaleza es ser imparcial. En mi mundo sólo puntúa la Batalla. En mi mundo no existen respuestas, sólo Guerra. Busca respuestas en tu propio mundo... ¡O COMBATE EN EL MIO!**

—¿Qué quieres decir con que busque repuestas en mi mundo...? ¿Qué...?

Extinguióse el brillo en los ojos del hoplita. Chorros de sangre manaban de su vientre. Una violenta convulsión sacudió su cuerpo, y burbujas de saliva enrojecida estallaron en las comisuras de sus labios. Estos ya no se movieron para decir:

—**No vuelvas a intentar hablarme jamás.**

—Pero, espera SIC ¿y los sueños...?

Creía haber comprendido algo. Todavía me faltaban muchas respuestas, pero ya no tenía miedo. Pensé que nunca más lo tendría en el mundo de SIC.

—**Adiós, Monsieur le Guillotín.**

El hoplita no reía. Tal vez las computadoras puedan reír, pero los muertos no.

Salí de la tienda más confuso de lo que había entrado. La cabeza me daba vueltas y ya no estaba seguro siquiera de a quién pertenecía la sangre que manchaba mis manos ¿A *Belisarius*? ¿A un niño muy viejo? ¿A un simple figurante? ¿Al mismísimo SICAR? ¿O era mi propia sangre?

¿Dónde estaba la frontera que nos separaba de los fantasmas? ¿Acaso no era real la carne desgarrada del hoplita? ¿La carne del atleta? Tomé la espada y, sintiéndome completamente vacío sin mi ira, me infligí un profundo corte en el antebrazo. La sangre manó, abundante y tibia pero, como siempre, apenas sentí el dolor. ¿Estaba acaso la diferencia en el dolor? ¿Había que sufrir para existir? ¿No es real un fantasma que ríe? Tal vez no, no en el mundo de SIC.

Por eso no reía cuando alcé hasta el yelmo mi mano ensangrentada, para deslizarme sobre el rostro la máscara de Ares, dios de la Guerra.



—¡En piel! —le dije al risueño persa— Vamos al encuentro de Agamenón...

La suerte de la batalla había dado un giro de ciento ochenta grados. Las huestes aqueas, tras expulsar a Hector fuera de la empalizada, habían acudido en ayuda de los eolios junto a la desembocadura del Simois, y Eneas, atrapado entre fuerzas superiores y aislado del resto del ejército, había perecido con todos sus hombres. En este mundo, Roma nunca sería fundada.

Aquiles y sus mirmidones surgían en interminables hileras de las tiendas, antes vacías. La batalla de las naves estaba ganada, pero Troya aún cerraba el camino de Oriente. Los griegos se habían reorganizado con rapidez, eso es algo que debo concederle a *Belisarius*; las tropas formaban bajo la lluvia en sus respectivas falanges, fuera ya de la empalizada. Ulises, Menelao, los dos Ajax, Néstor, Diómedes —el estado mayor de *Belisarius*— dirigirían bajo las órdenes del estratega el asalto contra las murallas. En su interior todavía resistía Hector con numeroso ejército. Pero en su interior también esperaban los persas.

Poco se podía hacer ya contra *Belisarius*; el objetivo exigía la batalla, no la guerra, y por eso, ocurriera lo que ocurriera en las murallas, el campo, y la victoria, serían suyas. Pero, al menos, yo le arrebataría parte de su gloria, estaría presente en el momento de la traición.

Además, me alentaba una pequeña esperanza que no me atrevía siquiera a concretar; conocía la Penalización por Derrota pero...

¿Cuál sería la Penalización por Muerte para un estratega supremo?

Cuando llegamos a las posiciones de Agamenón, un caótico cuadro se ofreció a nuestros ojos. Decenas de muertos y heridos yacían en la arena sobre los despojos de la refriega, cubiertos de sangre entre los escudos abollados y los dardos que erizaban el suelo. No hallé indicios del resto de mis patrullas; o habían caído en el asalto de Hector, o recibido sus jefes humanos órdenes directas de los caudillos para incorporarse al ataque. No importaba, los que traía serían suficientes. Muy pocos argivos habían quedado para proteger al estratega quien, de pie en mitad de aquel infierno, recibía y despachaba hacia las líneas a un mensajero tras otro.

En esta ocasión no me costó ningún esfuerzo distinguir al húsar, pues sus armas y pertrechos lo identificaban como eolio entre los argivos, casi con toda seguridad el mismísimo Filoctetes, rey de Lesbos. Al verle junto a Agamenón comprendí por qué los eolios habían demostrado tanta torpeza dejándose cercar al inicio del ataque: habían sido abandonados en combate por su caudillo. Para entonces ya sabía que *Belisarius* no controlaba las asignaciones, así que no me sorprendió que el jefe de



su guardia no hubiera sido asignado desde el principio a la escolta del estratega.

El «húsar» Filoctetes estaba sentado en la arena, a los pies Agamenón, se había desprendido del casco y trataba de detener con tiras de su propio peplo, la sangre que le manaba de múltiples heridas. Había hecho muy bien su trabajo; no eran pocos los troyanos que yacían muertos junto a él, y su jefe seguía indemne a pesar de la dureza del choque.

Agamenón sonrió satisfecho al reconocer entre nuestra a tropa a un persa de alcurnia, como demostraban las pieles de león. Pero su satisfacción se tornó en desconfianza cuando me vio, pues existían muchas posibilidades de que un oficial de mi categoría ocultara un jugador humano, un jugador que exigiría explicaciones. Filoctetes parecía incluso más alarmado que el propio Agamenón; trató varias veces de ponerse en pie sin conseguirlo, sus heridas le habían dejado demasiado débil. Pero empuñó la espada y, con la voz rota, gritó una orden a los figurantes argivos. Estos se aprestaron de inmediato para la lucha mas, aunque igualaban en número a mis propias fuerzas, muchos de ellos estaban heridos, por lo que no serían rivales para los hoplitas beocios, máxime habiéndolos mantenido frescos y descansados durante toda la batalla.

El rostro de Agamenón reflejó auténtico miedo cuando el persa, aprovechando un descuido de los hombres que le custodiaban, salió corriendo al encuentro de su amo:

—¡Guárdate de éste guerrero, átrida! ¡Es un traidor a la causa de Helen!

Ya no había vuelta atrás. Sopesé una de mis jabalinas y, tras apuntar cuidadosamente a Agamenón, la lancé con toda la fuerza de mis músculos de atleta, mientras gritaba como un loco:

—¡A ellos! ¡No dejéis uno vivo!

La jabalina se había clavado en el suelo a unas cinco yardas del cuerpo de Agamenón. Para ser mi primer intento no salió tan mal pero, si quería rematar la faena, estaba claro que debería acercarme muchísimo más.

Una tímida andanada de dardos cayó sobre nosotros; dos de mis figurantes beocios se desplomaron atravesados por las flechas; la punta de una jabalina se enterró a mis pies, salpicándome de arena las sandalias. ¡Eso sí era combatir de nuevo como un soldado! ¡Dejadme solo! ¡Aquí llega el veterano!

Los argivos se habían apresurado a cubrir a su rey con los escudos, y aguantaban ahora como podían la lluvia de dardos con que les respondían mis eficientes beocios. Clareaban con rapidez las filas de Agamenón. Cuando hubimos arrojado contra ellos todo lo arrojadizo, desvainé la espada:



—¡Espadas y mazas, mis valientes! ¡A ellos! ¡Cuerpo a cuerpo!

Como un solo hombre, nos lanzamos a la carrera, con los escudos por delante, hacia los acobardados argivos. La voz rota de Filoctetes logró hacerse oír por encima del fragor del choque.

—¡Al jefe! ¡Al jefe! —chillaba frenético— ¡Matad al jefe y obedecerán al estratega!

«Eso, eso. Matad al jefe» —pensé mientras hendía con mi espada la barrera de escudos argivos— «¡Un momento! ¡Yo soy el jefe! ¡Y nadie va a matarle mientras yo viva!» Golpecé con todas mis fuerzas el casco de un argivo que me salía al encuentro. Salté sobre su cadáver y enterré la espada en el vientre de un segundo... derribé a un tercero cubierto de vendas con una violenta embestida de mi escudo...

Los figurantes argivos se retiraban aterrorizados ante la máscara iracunda de Ares, dios de la Guerra, y frente a mí se abría una brecha que conducía a Agamenón.

«¿Cuál es la Penalización por Muerte para un estratega supremo?» Con un aullido de triunfo alcé mi espada...

...y la dejé caer, pues la punta de una lanza beocia asomaba roja de mi vientre. Las piernas se negaron a sostenerme y me derrumbé como un fardo sobre la arena. Todo se volvía negro. Con gran esfuerzo rodé hasta darme la vuelta; el mástil de la lanza se quebró con un chasquido que bien podía proceder de mi espina dorsal. Una furibunda patada me sacudió la cabeza y el casco de Ares rodó sobre la playa.

La lucha había cesado y tres rostros se inclinaban sobre mí. El primero tenía una fea cicatriz que le surcaba el rostro desde la frente hasta el mentón. Para mi auxiliar humano, el traidor había sido yo. Y, desde su punto de vista, no le faltaba razón.

El segundo rostro era el de Agamenón. Escupió sobre mi cara y dijo con una mueca desdeñosa:

—Ridículo *escriba*. No vuelvas a mezclarte en mis batallas o lo sentirás en tu propia carne.

El tercero y último fue el de Filoctetes.

-
- > por presencia en Momento Decisivo/valor 8/10> 3000 pts.
 - > por su influencia en dicho momento> 10000 pts.
 - > por muertos 1000 pts.
 - > por prisionero de grado A-2 2000 pts.

Nueva clasificación: **234**

Próxima asignación: **A-2/oficial de estado mayor o su equivalente integrado.**



Eso era, en resumen, lo siguiente que vi, ya de regreso en mi habitación. Para no aburrirles en demasía me salto las insignificantes penalizaciones por Herida y Muerte, así como las de Comentarios no Integrados, que SIC no iba a perdonarme por el mero hecho de dignarse a responder.

A pesar de haber combatido contra mi estrategia no había menciones a la traición. Para un estratega sólo puntuaba la victoria; pero cada uno podía fabricarse su propia batalla, si ésta era digna y honorable a los ojos de Ares. Y la trampa no era digna a sus ojos si no traía consigo más Guerra.

Yo me había equivocado por completo. Tenía a SIC como aliado moral contra *Belisarius* y su perversión de la Guerra; todopoderoso en su mundo, pero también absolutamente imparcial, asquerosamente imparcial.

En un mar de dudas y confusión, me dije que, por lo menos, aquella jornada había aprendido dos cosas; una, referida a un pasado remoto, la otra, al más inmediato presente:

1. En el año 1300 A.C de la Vieja Tierra, el día de la batalla junto a las naves, llovió sobre las playas de Troya.
2. *Belisarius*, el estratega de los ojos herméticos, era un humano. Y me había llamado *escriba*.

2. Estación de transbordo Vega-Exterior / Exterior-Vega

Escriba. Siempre me he considerado bueno descifrando los apaños lingüísticos de SIC, pero en este caso reconozco haberme comportado como un necio; no puedo rehuir mi responsabilidad en lo ocurrido. Cerré ojos y oídos a la realidad; aceptar la más obvia traducción: burócrata o, por aquello de ridículo, la de chupatintas, hubiera significado enfrentarme a una serie infinita de terroríficas implicaciones. Enfrentarme a la idea de que *Belisarius*, el hombre que consideraba tan importante la victoria en el juego como para emplear cualquier argucia, el hombre que no quería testigos humanos, conocía mi verdadera identidad.

Yo ya había demostrado ser una considerable amenaza para sus planes en el juego pero... ¿Hasta donde sería capaz de llegar él en la vida real por mantener la clasificación y el secreto de sus éxitos? «*o lo sentirás en tu propia carne...*» —había dicho Agamenón.

La paranoia puede resultar fatal en una estación de transbordo, algo así como quedarse atrapado en un ascensor de 60x60 con un grupo de octillizos, y sabiendo que uno de ellos es el húsar de la calavera. Por eso



me negué a permitir que el pánico me dominara; después de todo, y herido como yo estaba, podía haberme confundido con facilidad... ¿seguro que Agamenón había pronunciado la palabra *escriba*? ¿seguro que no había dicho cualquier otra cosa... como... como... *escroto*? ¿Escroto...? ¿¡Ridículo escroto...!>? ¡Vale, bien, de acuerdo! dijo escriba, pero, aunque así fuera: ¿Qué me aseguraba que no había disparado a ciegas, tratando de intimidarme? Al fin y al cabo, la burocracia representa más de un tercio de la plantilla en la estación, y los nombres clave siguen siendo inviolables... ¿o no?

Sin embargo, el hecho de que no me dejara intimidar por *Belisarius* (que bien podía ser únicamente el tipo de las cañerías), ni por el muy psicópata de su guardaespaldas (que, en la realidad, podía no tener ni media torta) ni por ninguno de los misteriosos cómplices que le salían en batalla, no significa que olvidara tomar mis precauciones.

Estudié concienzudamente la zona alta de la tabla y hallé lo que ya me esperaba. Una larga lista de jugadores A-2, siempre del bando opuesto a *Belisarius*, había participado en Momentos Decisivos, la mayoría más de una sola vez, aunque los elevados tanteos se compensaban casi siempre con penalizaciones por Abandono de Mando o Negligencia Estratégica.

Y en el puesto nueve de la clasificación, con un tanteo desorbitado, e infinitas invitaciones para el generalato rechazadas, estaba el jugador de nombre clave *Sombra*, mi húsar Filoctetes.

A partir de ahí, resultaba imposible continuar indagando. Las preguntas seguían siendo las mismas: ¿Qué premio obtenían los A de su traición? Y, sobre todo ¿era posible que *Belisarius* conociera mi identidad?

Julius, mi compañero de cuarto, era la única persona en la estación a quien había llegado a rebelar mi nombre clave. Además, como programador de escenarios, conocía todos los entresijos legales del juego, y sabía que SIC estaba maniatado por su naturaleza frente a la traición. Por capacidad y oportunidad, podía ser el propio *Belisarius*. El miedo a la paranoia no descarta una saludable sospecha.

Pero Julius aseguraba no mirar nunca sus puntuaciones, ni parecían importarle las clasificaciones, así que no podía estar informado de los fulminantes ascensos del jugador *Miles Gloriosus*, ni de su presencia en Momentos Decisivos. Yo nada le había contado de mis últimas aventuras virtuales. Además, ¡qué diablos! Julius era mi amigo, un buen amigo que comprendía la importancia del anonimato para no trasladar a la vida en la estación las tensiones y querellas del juego. Por eso, tampoco parecía factible que se hubiera ido de la lengua con cualquier extraño. Me pinchaba



en privado como si yo continuara siendo el marginado infante de siempre, huérfano de ascensos, y yo le dejaba hacer sin sacarle de su error. Decidí que me comportaría con naturalidad ante él, evitando dar muestras de preocupación o sospecha, pero observándole con atención; si Julius sabía algo acabaría delatándose tarde o temprano.

Eso en cuanto a la vida real. En cuanto al juego, y pese a las amenazas, seguía decidido a expulsar a *Belisarius* de su inmerecido trono de maestro de la estrategia. Es cierto que sus acciones pervertían el juego y que, de un modo abstracto, relacionado con inciertos principios de moralidad, devaluaba la igualdad de oportunidades, pues ésta no puede existir si no se pelea con las mismas armas. Pero no es menos cierto que su existencia, la decisión de combatirla, otorgaba para mi un sabor especial a las batallas, un sabor desconocido hasta entonces, algo mucho más intenso que la mera ansia de desquite por mis repetidos asesinatos. Hasta entonces yo había combatido en cientos de guerras virtuales, y había defendido cientos de causas no menos virtuales, causas que sólo existían en los libros de historia, causas de viejo vidrio, que se hacían añicos y vaciaban de sentido en cuanto el primer disparo señalaba el inicio del combate. Pero ahora yo tenía una causa propia y REAL que defender y, quizás basándome en esos mismos inciertos principios de moralidad, quizás por el respeto que SIC y su visión primaria y visceral de la guerra, su profundo amor al combate, inspiraba al lado más oscuro de mi alma, o quizás por motivos absolutamente personales, ésta era una causa que consideraba justa. Algo importante había cambiado en mi percepción del juego. Los paisajes, olores y sonidos de la Vieja Tierra están muy bien, pero el Sol queda muy lejos de Vega, y, en realidad, hace tiempo que todos los paisajes se convirtieron en humo.

En Troya había aprendido la lección; la próxima vez que combatiera contra *Belisarius* nadie me clavaría una lanza beocia por la espalda. Como oficial de estado mayor sería rápidamente descubierto si escogía el bando de *Belisarius*, así que debería encontrarme por fuerza al otro lado de la batalla. Y, a ser posible, con mi propia escolta, por si se daba el caso de que lograra acercarme hasta el estratega.

Pam se mostró encantada con la idea de ser mi guardaespaldas. Los nuevos escenarios y la particular personalidad de cada batalla renuevan el encanto del juego pero, como ya he dicho, nada hay comparable a una causa.

Ella se había tomado la mía muy en serio. Se había documentado a conciencia sobre el asunto de las trampas. Incluso había consultado a los viejos dinosaurios, moradores vitalicios de la estación. Para alguien aleja-



do a perpetuidad de los altos niveles, el hecho de que un oportunista de escaso talento ascendiera gracias al juego sucio, debía suponer una ofensa casi personal.

—Mi jefe actual fue uno de los primeros legisladores y, como tal, tuvo que hacer frente a la avalancha de quejas, denuncias y malentendidos que dominaron los inicios del juego; naturalmente, antes de que SIC se hiciera cargo de todo. Por entonces eran muchos los vacíos legales y la más mínima contrariedad daba lugar a una denuncia contra el vencedor... —decía Pam. Llevaba uno de los monos negros, hechos a medida, propios de las altas esferas burocráticas, y aparecía cansada y ojerosa, lo que no dejaba de darle un aspecto deliciosamente lánguido y sofisticado.

Nos habíamos citado en La Trinchera, como en los viejos tiempos. Es un local muy acogedor, diseñado para que la gente habituada a asociar sus momentos de ocio con sangrientas batallas, se sintiera cómoda y relajada. Armas de todas las épocas cuelgan de las paredes, junto a gratificantes imágenes de mutilaciones y heridas de guerra, hongos nucleares, máscaras antigás y bonitas holografías de actores representando combates de esgrima o artes marciales. Los camareros visten los uniformes propios de la batalla de moda, y las bebidas más populares son el *Cocktail Molotov* y el *Granizado de Metralla*. Baste decir que para que te sirvan un doble tienes que pedir un *cargador extra*. Y, además, está minado. No, en serio, depende de donde pises puedes encontrarte envuelto en una convincente simulación holográfica de la explosión de una mina anti-personal, con miembros saltando por los aires y todo. Cada vez que llegan nuevas dotaciones de trabajadores, o tripulantes de cargueros, el local se llena hasta la bandera. Ver la cara que ponen los nuevos, al pisarlas en mitad de un baile, es una de las distracciones más esperadas por los veteranos. Y merece la pena.

—Pues bien, ni siquiera en aquella época prosperó nunca ninguna de las acusaciones por trampa. —me seguía contando Pam con voz desmayada, había estado haciendo horas extras por mi culpa— La Comisión de Juegos hacía honor a su nombre, y acostumbraba a recibir con mal disimuladas burlas todo intento de modificar los tanteos que se basara en conductas presuntamente poco éticas del oponente... Como muestra, mira —dijo rebuscando en los bolsillos de su mono— aquí tienes una copia del acta de uno de aquellos juicios...

Tomé el papel de impresora que me tendía Pam. Para todos aquellos que sientan curiosidad por la historia del juego reproduzco seguidamente su contenido:



(...) *El demandante, jugador de nombre clave Don Pelayo, presenta ante este tribunal, el día (...) recurso de invalidación de batalla y tanteo, basándose en una presunta conducta inmoral por parte del jugador de nombre clave Atila el Huno. Tras respaldar sus declaraciones con las pruebas y testigos que considera pertinentes, alega que:*

... el día de autos, durante el transcurso de la batalla de Arnhem 1944, inscrita en la jornada 26, en la que el demandante mandaba las tropas aliadas, el arriba mencionado Atila, titular del bando alemán, actuando con notable alevosía, y evidenciando tendencias vandálicas propias de su apodo y catadura moral, se atrevió a destruir parte del costoso escenario dinamitando los puentes de Eindhoven y Nimegba, cortando así la marcha de las unidades pesadas del ejército aliado. No contento con esto, masacró más tarde a traición a las unidades de infantería aerotransportada a cargo del demandante, utilizando para ello, no fuerzas de igual potencia como sería propio de un caballero, sino pesadas unidades Panzer y bombardeos masivos.

Acusa además al demandante de adoptar en su presencia durante la celebración de esta vista, una «actitud chulesca» y «menospreciativa» hacia su capacidad, propias de pésimo ganador y muy mala persona.

A dichas acusaciones responde el acusado en presencia de este tribunal tildando entre otras cosas al demandante de «Borrachín», «Calzonazos», «Memo» y «Cuatro ojos» y recordándole reiteradas veces que «el que se pica ajos come...».

Como respuesta, el demandante invita al acusado a «salir al pasillo sin sus putos Panzer» y lo califica además de «hideputa suertudo», «chulo» y «bocazas»

El tribunal, en aras del contribuyente, desestima de inmediato la petición de las partes de elevar mutuo recurso por faltas y, acto seguido, multa a ambos por desacato, dándose con esto por finalizada la vista.

(...) *Este tribunal, escuchadas las partes, así como los testimonios de los testigos, llega a la siguiente resolución:*

- 1. Desestimar el recurso de invalidación del demandante Don Pelayo, condenándole además al pago de las costas del proceso.*
- 2. Incapacitar al demandante, jugador de nombre clave Don Pelayo, para tomar parte en los juegos, hasta que un profesional cualificado certifique su capacidad de distinguir entre puentes reales y virtuales.*
- 3. Recomendar encarecidamente al demandado, jugador de nombre clave Atila el Huno, que modere sus aspavientos triunfales, imponiéndole además, a modo de sano correctivo, un número —no inferior a cinco ni superior a diez— de palmaditas en la espalda, recayendo la responsabilidad del número y modo de ejecución de dicha sentencia en el ujier de esta misma sala.*

—Ya, me hago una idea... —dije devolviéndole las actas a Pam—
Cualquier cosa antes de verme envuelto en una bufonada similar. Y mucho menos en el papelón de *Don Pelayo*.



—Y eso era antes —bostezó Pam— En la actualidad, la Comisión de Juegos se ha convertido en una institución casi meramente decorativa. Ahora, si los jugadores intentan algo prohibido en el juego, SIC no se lo permite, y ya está, como con los comentarios no integrados. De hecho, la mayor parte de los casos que siguen llegando hasta la Comisión son demandas contra el mismo SIC. Y ninguna ha prosperado desde Lamotta y su Tercera Enmienda.

—Así que ahora no lograríamos ni llevar a *Belisarius* ante un tribunal, aunque fuera sólo para verle la cara y llamarle «bocazas...»

—Imposible, nunca llegarías tan lejos. Se reirían en tus barbas y te castigarían de cara a la pared...

—Entonces, ¿qué nos queda?

Pam se encogió de hombros.

—Desde el punto de vista legal tenemos las manos atadas. Tú tenías razón, si SIC no hace nada, es porque no hay nada que se pueda hacer.

Me quedé pensativo unos segundos mientras veía derretirse el hielo de mi Granizado. La justicia deportiva no nos tomaría en serio, pero...

—¿Y si consiguiéramos probar que la corrupción alcanza también a la vida real? ¿Se interesaría entonces la justicia ordinaria? —había tenido una idea interesante— Quiero decir, ¿por qué han de ser virtuales las treinta monedas del traidor?

Pam sopesó mi sugerencia con calma.

—No cuela. Aquí nadie se dejaría comprar por dinero. No hay nada que hacer con él. Cuando terminemos nuestro contrato seremos lo bastante ricos como para tomarnos vacaciones el resto de nuestra vida pero, hasta entonces, todos tragamos prácticamente la misma mierda... no se pagan estos sueldos astronómicos por nada.

—Ya, supongo que tienes razón —concedí yo— Entonces, hemos vuelto al principio. Sólo tenemos el juego para hacer daño a *Belisarius*...

—Así es. Pero...¿quieres de verdad llegar hasta el final? Ya conoces aquel viejo dicho: «Todo vale en el amor y en la guerra» Es decir, ¿estás seguro de que *Belisarius* merece la pena? Me refiero a que sólo te han amenazado, todavía no han hecho daño a nadie...

—¿Vas a echarme atrás ahora? Cuento contigo para hacer menudillos a ese húsar cabrón... —la sola idea de presenciar el combate casi me provocaba una sádica erección.

—No, claro que no. Puede resultar interesante. Al fin y al cabo, sólo se trata de otro juego...

—¡Esta es mi asesina! ¿Cómo nos encontraremos?



—Yo te encontraré a ti. Es más fácil que una humilde B-1 encuentre a su excelencia, el oportunista A-2, que al contrario... Sólo dime antes cuál será la batalla.

—¿Cómo en los viejos tiempos?

—Claro... ¡como en los viejos tiempos!

—¡Genial! A todo esto, Pam... —susurré ladino. No recordaba que el mono negro de Krailo tuviera un escote semejante al de Pam.

—¿Sí...?

—¡Ejem! Mira mis manos... —dije componiendo un gesto conocido «¿en tu alacena o en la mía?»

—Hummmm... Vale, pero no esperes grandes alardes. Te advierto que estoy exhausta.

—¡Formidable! —exclamé pensando en mis costillas. Yo encima.

Hasta la víspera del combate no tuve motivos para reprocharme mi exceso de confianza. La amenaza de *Belisarius* evidenciaba con el paso de los días su condición de mero farol y, aunque resulte difícil asegurarlo en medio de semejante hacinamiento humano, no había detectado tipos sospechosos persiguiéndome por los pasillos, ni percibido signo alguno de vigilancia inusual. Aparte de los repescados encuentros con Pam mi vida «civil» transcurría con absoluta normalidad; el papeleo de la TITAN se iba solventando poco a poco, todo estaría dispuesto para cuando los técnicos terminarán de instalar el impulsor Seldon en la chepa del carguero. Después volverían las jornadas intensivas de juegos, las tachaduras en el calendario y los análisis exhaustivos de ombligo. Con un poco de suerte para entonces incluso habría expulsado a *Belisarius* de la tabla... ¿qué haría entonces? Quizá seguir ascendiendo, pero ¿hasta dónde? ¿hasta el número 1? Sí, ¿Por qué no? Modestia aparte, me considero un buen estratega, aunque no haya dispuesto de muchas oportunidades para demostrarlo... ¿Cuánto tiempo se había mantenido *Belisarius*? ¿Tres, cuatro años...? ¡Bah! ¡Pero qué importa el juego! Descendería a los planetas con Pam, eso era lo único importante, tres años más y podría meterle a Krailo mi contrato por el culo, convenientemente enrollado y sellado por la superioridad.

Una vez más, pequé de optimista. *Belisarius* descubrió sus cartas y demostró sobradamente que no era amigo de faroles. Pero lo peor de todo fue que el desplumado no había sido invitado a la partida, aunque jugara con mis cartas.

Los problemas comenzaron la víspera de la batalla, en las horas previas a la apertura oficial de la jornada. Y, precisamente, tuvieron a Krailo como protagonista.



Yo estaba en la oficina trabajando duro, como siempre, y, también como siempre, Rex se estaba pasando de la raya. No era la primera vez que Rex aprovechaba el más mínimo momento de distracción para enviar, vía terminal, parte de su trabajo a mi propia *carpeta de pendientes*, o la de cualquiera otro de los miembros de la oficina. Hasta entonces, debido a que Rex parecía gozar de cierta inmunidad y privilegios extraoficiales (que atribuíamos todos con cierta mala baba a su condición de efebo del supervisor), aguantábamos estoicamente sus abusos. Rex era sólo un cretino, indigno de que nos creáramos dificultades por su culpa, y tampoco se trabaja tanto al cabo del año, después de todo. Pero aquel día yo me había esforzado más que nunca, me había saltado incluso almuerzos y descansos, todo ello para poder fichar lo antes posible, con tiempo para avisar a Pam de cuál sería la batalla escogida por *Belisarius*. No es que temiera complicaciones para encontrar en su bando enemigo plazas disponibles, pues doscientos puntitos son doscientos puntitos, y enfrentarse a *Belisarius* era garantía segura de perderlos, pero tampoco quería incorporarme a la batalla demasiado tarde, cuando *Belisarius* hubiera asentado sus posiciones.

Imagínense cómo me sentí al volver a mi terminal —después de haber echado mi primera meada en ocho horas— y encontrarme la *carpeta de pendientes* inexplicablemente cebada de nuevo. Se me cayó el alma a los pies y miré, confuso, a mi alrededor. Todos trabajaban como se trabaja la víspera de un juego, cuando nadie está dispuesto a hacer horas extras. Todos menos Rex, naturalmente. En la pantalla de su terminal brillaban las clasificaciones y los menús de batallas, y el tío las estudiaba con los pies en alto, mientras se limpiaba la roña de las uñas.

Y encima se volvió hacia mí, me hizo un guiño y levantó el dedo gordo «¡Ánimo, tío, tú si que eres un compañero!» —parecía decir— «¡Trabajo en equipo!» Y me sonreía. ¡Joder, el cabrón encima me sonreía! Le había aguantado muchas cosas a lo largo de los años pero de aquel día no pasaba. Con un aullido de rabia me abalancé sobre él y, arrastrando conmigo un par de sillas y un terminal, lo derribé al suelo.

Al tercer puñetazo cesaron de golpe los vítores de los compañeros. Rex gimoteaba en el suelo con la nariz rota y Krailo, atraído por el bullicio, se alzaba a mi espalda con expresión severa. Liberé a Rex y me levanté, confuso. La tierra se abría bajo mis pies y el cielo se derrumbaba sobre mi cabeza, todo junto. Esta vez sí que me la había cargado de verdad. Por culpa de aquel cretino...

—¡Es un salvaje, Luc... señor Krailo! —lloriqueaba el cretino, sorbiendo con fuerza por la nariz— ¡Se ha lanzado sobre mí sin motivo! ¡Ordene que lo arresten! ¡Bruto!



¡Al diablo! Aunque me viera obligado a pasarme los tres siguientes años con el cepillo de babas, habría merecido la pena.

—¡A mi despacho! —gruñó Krailo— Hablaremos largo y tendido usted y yo.

No fueron pocas las palmaditas en la espalda que me escoltaron hasta el patíbulo. Thelma susurró «Bien hecho...» a mi paso. Saboreé mi último momento de gloria.

Una hora después, me encontraba en La Trinchera, completamente borracho; tenía cinco vasos vacíos de Granizado con *cargador extra* delante de mí, la cabeza hecha un lío y el resto de la tarde libre. El local estaba abarrotado, pero nadie más bebía en La Trinchera, todos querían tener la cabeza despejada para la batalla. A mí, la batalla comenzaba a importarme un comino. La paranoia había triunfado por fin sobre mi estúpida confianza; el jodido sistema, las reglas, los estatutos, los contratos, se revelaban como una trampa gigantesca tendida solo para mi ruina. La estación entera se confabulaba contra mí, todos aquellos rostros, repugnantemente sobrios, ocultaban un enemigo en potencia... «claro, amigo, todos lo sabíamos, *Belisarius* debe ganar» —parecían decir— «pero tú, paleta, ¿por qué no te metes en tus propios asuntos...?» El mucho alcohol ingerido no me ayudaba a aclarar las ideas, ni a controlar el miedo en que me había sumido la entrevista con Krailo. Y todo había empezado tan bien...

Para mi sorpresa, la severidad de Krailo se había esfumado en cuanto cerró la puerta del despacho tras de mí. Suspiró y, sonriente, se dejó caer sobre su silla acolchada de supervisor.

—¿Sabe? Hace tiempo que vengo fijándome en usted. —dijo Krailo mientras me señalaba el asiento de las visitas— Trabaja siempre duro, y hoy acaba de demostrarme que sabe cómo tratar a los aprovechados... Rex se la venía buscando... Abusa de mi amistad.

—¿Ah, sí? —musité. Todavía no las tenía todas conmigo. Inseguro, tomé asiento en el lugar indicado, pero dispuesto a poner pies en polvorosa a la mínima señal de alarma.

—En efecto. No debe preocuparse por la denuncia, déjelo en mis manos... Persuadiré a Rex de que no le conviene sacar el asunto de aquí... —Krailo era todo confitura. ¿Qué estaba ocurriendo?— Y, por cierto, lamentó haberme comportado fuera con tanta severidad. No debo tolerar esos comportamientos en la oficina, por lo menos, de cara a los empleados —concluyó con una sonrisa de complicidad.

—¡Claro, claro! Entiendo...

Krailo se dedicó a estudiarme de arriba a abajo unos segundos, mientras se rascaba la ajada barbilla con pícaro expresión.



—He estado pensando mucho en usted ¿sabe?...

—¿Perdón? —me revolví, inquieto, sobre la silla. No me considero mojigato en cuanto a hábitos sexuales pero, decididamente, Krailo no era mi tipo.

—Sí, me estoy haciendo viejo. Y debo empezar a pensar en el retiro.

—¡Vaya! Le echaremos de menos, señor Krailo —dije cauteloso.

¿Me estaba proponiendo el viejo bujarrón de Krailo que me fugara con él? ¿Sería ésa su forma de castigarme? Tragué un buche de saliva que parecía hormigón armado. Brrrrrrr ¡que me den el cepillo de babas....!

—Lo sé, hijo, lo sé... sé lo mucho que todos me aprecian en esta oficina. Pero ¡que quiere! Los años no pasan en balde... El caso es que debo ir pensando en un sucesor... —dijo Krailo.

Y, más sonriente que nunca, me guiñó un ojo.

—¿Cómo?

—Creo que usted sería la persona idónea para el puesto y, por eso, he decidido recomendarle a la superioridad. Si está usted conforme, desde luego...

Me quedé patidifuso. Eso sí que no me lo esperaba. ¡Y todo por partírle la cara a un cretino! ¡De haberlo sabido antes, a estas alturas sería ya director general! De repente, los tres años que me restaban de contrato aparecían henchidos de deliciosas posibilidades. Rex encadenado a su terminal, con una *carpeta de pendientes* de infinito y automático relleno, y con MI aliento pegado a su nuca: «Vamos, Rex, cepillo de babas, cepillo de babas...» ¿Cómo podía haberle deseado nunca algún mal al viejo y entrañable abuelito Krailo? ¡Hombre lleno de bondad! ¡Cuán desagradecidos pueden llegar a ser los simples empleaduchos! ¡Je!

—Vaya, señor Krailo, no sé qué decir...

—Sí, bueno. Aunque no es a mi a quien atañe tomar esa decisión... Desde luego, yo pienso recomendarle pero... —el viejo chasqueó su lengua de tortuga, parecía realmente molesto con el asunto.

—¿Algún problema, señor Krailo?

—En fin, no sé si es exactamente un problema. El caso es que ¡jem! estoy seguro de que la superioridad vería con mejores ojos mi recomendación, y así me lo han hecho saber, si usted se comprometiera a abandonar ciertas actividades extraoficiales...

—¿Eh?

—Parece que se ha estado usted buscando problemas fuera del trabajo. Tiene a algunos tipos de arriba muy enfadados, joven... Me han pedido que le trasmita un encarecido ruego... —Krailo consultó la pantalla de



su terminal— *manténgase alejado de los dioses esta noche...* ¿se puede saber a qué tipo de actividades ha estado dedicándose?

Comprenderán ahora los motivos que me habían arrastrado a tal estado de desconcierto. Ya no podía seguir engañándome, *Belisarius* conocía mi identidad, y no era el inofensivo tipo de las cañerías. Fuera quien fuera, tenía auténtico poder sobre mi vida. No necesitaba meterme la cabeza en el water para convencerme de que fuera razonable, le bastaba con convertir mis tres años de contrato en un infierno. Podía degradarme a las labores más sucias, podía incluso empapelarme por lo que acababa de hacerle a Rex, si éste no lo había hecho ya... Bastaría con que Krailo dejara de protegerme.

¿Y a qué venía su misterioso mensaje? ¿Conocía también *Belisarius* la misteriosa naturaleza de SIC?

Y, no obstante, había intentado sobornarme, lo cual demostraba que me tenía miedo; al menos en el ámbito donde era más vulnerable; *Belisarius* me temía en el juego. Pero eso no era nada comparado con el miedo que yo estaba empezando a tenerle. Le había pedido a Krailo que me dejara un tiempo para sopesar su oferta, y él, muy comprensivo, permitió que me tomara el resto de la tarde libre. Ahora consideraba seriamente, todo lo seriamente que me permitía la creciente borrachera, lo de aceptar el ascenso y mantenerme alejado de las batallas de *Belisarius*. Demonios, sólo se trataba de un juego ¿por qué no dejarle ganar si eso me solucionaba la vida? Crucé las piernas elegantemente e intenté pensar con claridad. Decidido, aquella noche no participaría en el juego. Llamaría a Pam y, juntos, celebraríamos mi ascenso...

Pero, Dios, ¿hasta dónde alcanzaba la corrupción? En ese momento, me parecía que toda la Galaxia existía solo para satisfacer el ego de *Belisarius*... Incluso el joven granujiento que se acercaba vacilante hacia mi mesa vendería seguramente sus victorias por un sillón acolchado de supervisor.

—Perdone —dijo el joven granujiento, inclinándose sobre mí. No tendría más de dieciséis, y vestía el mono verde de los limpiadores de cañerías. Un cepillo de babas ¡cómo no! colgaba de su cinturón. Ahí estaba la personificación de mi destino, a eso me vería reducido de no someterme a la extorsión de *Belisarius*. Pero no fue esa la idea que me hizo estremecerme de la cabeza a los pies, sino las siguientes palabras del muchacho:

—¿Es usted por casualidad el teniente Flaubert, del 7.º de lanceros?

En mi cabeza se formó la imagen de un gigantesco campesino francés vestido con uniforme azul del XIX.



—¿Marcel?

El joven granujiento bajó la mirada y exhibió una enorme sonrisa.

—¿Monssieur le Guillotín?

¿Qué demonios estaba ocurriendo? ¿Es que todo el mundo conocía mi nombre clave? ¿Es que SIC había estado utilizando mi propia cara en las simulaciones? Me puse en guardia ¿cuántos criados tenía *Belisarius*?

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunté cauteloso. Desconozco las aplicaciones criminales del cepillo de babas.

—No ha sido fácil —contestó sonriente el muchacho— Sólo he tenido que preguntar esa misma jilipollez unas doscientas veces; ¿sabe la cantidad de gente que hay en esta estación con expresión de mochuelo apaleado, y que encima crucen las piernas de modo tan ridículo?

Así que era eso. El chico era simplemente listo. Por increíble que pareciera en la estación había gente que seguía con su vida.

—Muy observador... —dije, ya más tranquilo— ¿Expresión de qué, has dicho? ¿Y que tiene de ridícula mi forma de cruzar las piernas? Siempre me ha parecido muy elegante.

—No importa... ¿me permite sentarme a su lado? —una pregunta típica de los limpiadores de babas. A nadie le gusta rozarse con sus monos pringosos.

—Claro, chaval, te has tomado muchas molestias para encontrarme. A todo esto ¿por qué?

—Bueno, quería compensarle en alguna forma —contestó el muchacho, un poco cohibido— usted me salvó la vida después de todo.

Intenté sentir aunque fuera un poquito de vergüenza ajena, pero no pude. No sé por qué. Quizás es que empezaba a sentirme demasiado borracho, o quizás que ya no estaba seguro de que los adolescentes se tomaran el juego lo suficientemente en serio.

—Puedes inflitarme a una cuopa. Eso sería casi como ¡hips! salvarme la vida —farfullé.

—Hum... Creo que lo mejor que puedo hacer por usted es acompañarle a su habitación.

—¡Cruidadito... hips! Estás hablando con todo un supervisor.. ¿Vale?

—Ya, ya... Vamos ¡en pie!

Lo siguiente que recuerdo es que avanzábamos lentamente, apretujados entre una multitud. Los locales de copeo estaban cerrando ya, y la gente se retiraba a sus compartimentos, ávida por conectarse a la batalla del día. Los estrechos corredores de la cubierta Babyllion, extrañamente lúgubres sin las luces y la música de los locales, arrastraban ríos humanos, ríos murmurantes que conducían a los ascensores y a las batallas,



siempre a las batallas. Yo caminaba con dificultad, apoyado en el hombro del chico. Estaba presenciando un curioso fenómeno que desafiaba todas las leyes de la física: era la primera vez que la estación rotaba más deprisa que yo. Y aquel muchacho tan simpático del mono verde, el que no paraba de hablar, ¿dónde lo había visto antes? ¿En Austerlitz? No, aquel era mucho más grande, y tenía un parche en el ojo... ¿o era una enorme cicatriz? Sí, se llamaba Fabrizio del Dongo, y era un fantasma...

—...fue fantástico, en serio. Desclavé del suelo el sable del caído y me apropié de su caballo. Cargamos al galope contra la colina, yo junto a todos aquellos húsares y dragones. Podía sentir el viento en la cara, la tierra temblaba a nuestro paso, sonaban las cornetas, las balas silbaban a nuestro alrededor... ¡Y el caballo! ¡No había forma de pararlo! Los músculos cubiertos de sudor, sus jadeos, la espuma en sus ijares... las briznas de hierba que salían despedidas bajo sus cascos...

—ya... eso debe ser lo que llaman ¡hips! acné galopante...

—Al abanderado del 15.º lo derribaron entonces, justo delante de mí y yo —¡yo!— recogí la bandera... Arrollamos a los fusileros que protegían los cañones, saltamos sobre los parapetos y... ¡Fue fabuloso! ¡No se imagina las puntuaciones que me asignaron! ¡Dos batallas más como ésa y seré oficial de 2.ª! ¡SIC incluso me apuntó un muerto! Aunque, para ser sincero, no recuerdo haber matado a nadie... Seguramente, lo arrollaría sin darme cuenta.

—ya... siempre digo que a los jóvenes se os debería... ¡hips! ...prohibir terminantemente empezar en caballería... ¡borf! os volvéis fanfarrones y olvidáis mirar lo que ocurre en...

—¿Cómo? ¡Oh! Sí, vi lo de su ataque... ¡me salvó usted de una buena!

—Olvidalo, jinete de... de granujienta jeta...

—No, ahora ya sé que lo que usted hizo por mi no es habitual...

—¡Ping! ¡Alto! ¡Comentario no integrado! Penalización... ¡un *Granizado de Metralla!*

—De verdad, se lo agradezco... ¡hubiera tardado mucho en volver a jugar, de presenciar aquello!

¿Por qué no se callaba de una vez? Yo sólo quería dormir, olvidarme de la guerra. Despertar al lado de Pam y pasar el resto de mi contrato en un sillón acolchado. Y esa estúpida gente, apelonándose, empujándose, haciendo cola como borregos para llegar a los ascensores, para conectarse a sus batallas de pega... ¡idiotas! ¿no veían que todo era mentira? ¿qué nunca se conseguía nada? ¿qué nunca se vencía? Pero ellos iban allí, agotados por el trabajo del día, esperando que SIC llenara de emociones sus



horas de ocio... ¡imbéciles! ¿No se daban cuenta de que las heridas desaparecen al despertar?

—Creo que voy a vomitar...

El chico se abrió paso a codazos hasta un lateral del pasillo, donde había una pequeña puerta de color verde.

—Venga por aquí —me dijo, y abrió la puerta con su tarjeta de mantenimiento— hay un montacargas en cada almacén. Así nos ahorraremos la cola...

Entramos en el almacén. Estaba muy oscuro, pero antes de que el chico cerrara la puerta pude ver un largo y estrecho pasillo que serpenteaba entre cajas metálicas, apiladas en enormes montones. Perdí el equilibrio cuando las sombras me envolvieron, la oscuridad bullía a mi alrededor, pero encontré el hombro del chico para apoyarme. Juntos, caminamos con dificultad. El chico parecía encontrar a ciegas el camino del ascensor, estaba acostumbrado a reptar por angostas y oscuras galerías.

Los ecos de la puerta al abrirse resonaron entre las cajas, y un hilo de luz se quebró a lo largo de las esquinas del pasillo. El muchacho detuvo sus pasos. Sonreía.

—Detengámonos un segundo. Debe tratarse de otro compañero esbaldado; le esperaremos...

La puerta se cerró de nuevo y quedamos sumidos en la oscuridad. El sonido de unos pasos se acercaba lentamente. Luego cesó.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el chico.

Los ruidos venían ahora de arriba. Un jadeo, un chirrido.

Y los ojos del muchacho viendo aquello que los míos no podían ver.

—¡Cuidado con esa caja! —gritó el chico. Un fuerte empujón me despidió de su abrazo y aterricé golpeándome la cabeza contra el suelo.

Después vino un grito agudo, un fuerte impacto de hierros y huesos. El chico no tenía a nadie para empujarle. Tuercas y tornillos rebotaron a mi alrededor, y perdí el conocimiento.

Mis ojos se abrieron a una fuerte luz. Parpadeé. Una doctora me estudiaba las retinas con su linterna. Yo estaba tumbado en una camilla del dispensario y me dolía terriblemente la cabeza. Pero, para mi desgracia, no había olvidado nada de lo ocurrido antes de perder el conocimiento. *Belisarius* había tratado de asegurarse de que *Miles Gloriosus* no participaría en más batallas.

—Ha tenido usted suerte. Sólo sufre una ligera conmoción, aparte de la resaca —dijo la doctora.

—¿Y el chico? —balbuceé con la boca pastosa.



—¿Quién? ¿El del cepillo de babas? —dijo la doctora. Me inyectó algo en el brazo, con rudeza. Parecía enfadada, por mi culpa se perdería la batalla— No hubo mucho que hacer. La caja le acertó de lleno. Estos accidentes ocurren a veces; alguien deja las cajas mal apiladas y...

Me estremecí al recordar aquel último impacto, aquel chillido agudo; algo horrendo, negro y pestífero me roía las entrañas. El chico había pagado su absurda deuda; yo le di un momento de gloria en el mundo de los fantasmas, y él, a cambio, había dado su vida por salvar la mía. La vida de un hombre que vendería sus batallas por un sillón acolchado. Porque, después de aceptar la oferta de Krailo, ¿cuánto tardaría yo en convertirme en algo semejante a aquel persa rastrero?

La vida por un momento de gloria... ¿dónde terminaba el juego en realidad?

—¿Ha muerto?

Al ver mi cara, la doctora dulcificó su expresión.

—Lo siento, pensé que no le conocía, por los trajes y eso... No, no ha muerto, aunque el golpe le trituró la médula espinal, y ha perdido además gran cantidad de masa encefálica... Con mucha suerte y si sobrevive, solo quedará tetrapléjico... ¿es su amigo?

Apenas le conozco, estuve a punto de decir. Pero no lo dije. Sólo le había tratado unas horas pero le conocía tan bien como hubiera podido llegar a conocerme a mi mismo, en un tiempo inmensamente remoto. Le conocía lo suficiente para saber que, aún sin deberme nada, me hubiera empujado lejos de la caja. Y solo existía una forma de compensarle. Sólo una.

—No. Es un camarada, un camarada de Guerra... —creo que murmuré.

La doctora me miró con extrañeza y se encogió de hombros.

—Como quiera, pero para él ya no habrá guerra esta noche, ni para usted tampoco... Entre lo que llevaba en el cuerpo, el golpe en la cabeza, y la droga que acabo de inyectarle... no le recomendaría que se conectase. Una sobrecarga de estímulos podría ser fatal, podría provocarle una apoplejía, o dejarle tarado para siempre. Duerma hoy; habrá más juegos...

¿Que durmiera? ¿Cómo podía dormir? Aquel muchacho, con sus dieciséis años y su cara granujienta, lo había comprendido mejor que yo. Él confiaba de verdad en el juego; sabía que, a pesar de su mono verde y su cepillo de babas, a pesar de la gente que se apartaba de sus manos pringosas, a pesar de todo eso, siempre quedaba el juego. Y, en el juego, podía lucir un uniforme de húsar con dorados cordeles, podía cabalgar sobre verdes colinas, sintiendo en el cabello el viento de los espacios



Certamen Alberto Magno

abiertos; en el juego, podía mirar frente a frente al mismísimo Napoleón Bonaparte. En el juego, un chico listo y observador podía demostrar lo que valía en realidad. En el mundo de los fantasmas, mientras SIC estuviera allí defendiendo la igualdad de oportunidades, todos los perdedores podían gozar de su momento de gloria. Podían VENCER.

—Doctora, ¿se puede soñar en el juego? —pregunté, incorporándome como un resorte sobre la camilla. Había recordado algo. La droga iba haciendo su efecto, diluyendo lentamente el dolor de cabeza. Pero hay dolores que no se alivian con drogas.

La doctora recogía apresuradamente sus instrumentos. Aún llegaría a tiempo para terminar la batalla.

—¿Soñar? ¿A qué se refiere? ¿A sueños propios? ¿Personales? ¿Y cómo cree que SIC hace parecer reales los estímulos! Utiliza el hemisferio izquierdo del cerebro, se sirve del subconsciente... ¿Un sueño dentro de otro sueño? Imposible, no puede soñar si ya está soñando...

—¿Ni siquiera quedando inconsciente en batalla?

—La inconsciencia no existe en el juego; si te desvaneces, te vas. Clausurado. Todo el mundo lo sabe. No se puede dormir, ni soñar. Mientras esté conectado, todo lo que vea será parte del juego, y...

—...y proviene de SIC.

—Exacto...

Todo encajaba demasiado bien. SIC estaba obligado a ser imparcial, pero nada le impedía ser realista. ¿Por qué no sobrevivir a una explosión? ¿Por qué no tener un sueño? ¿Por qué no responder a una pregunta? ¿Por qué no confiar su causa a un soldado, un hijo de su amada guerra? SIC nada podía hacer contra la corrupción que devoraba su mundo, tampoco podía combatir en el mío. SIC estaba maniatado contra la traición humana.

SIC lo estaba, pero yo no.

SIC me estaba esperando. Pam me estaba esperando. El chico del cepillo de babas me estaba esperando.

Y yo tenía una batalla que soñar. ¿Qué me importaba un derrame cerebral? ¿Qué importaba que *Belisarius* me arruinara la vida? ¿Qué importaba mi vida? En el mundo de los sueños el chico del cepillo de babas podía ser lo que quisiera. Al fin y al cabo, ésa es la única razón por la que nos gusta tanto soñar.

Cuando la sombra de Horeb, décimo y último planeta del sistema de Rigel, se cerró sobre Luna Sináí, la flota de la Confederación abrió fuego por vez primera contra las naves de los secesionistas hebreos. La luna volvería a salir en pocos días, pero la guerra duraría cien años.



El objetivo principal de ese primer ataque exigía capturar y mantener la estación de transbordo Rigel-Exterior/Exterior Rigel, para así evitar una posible propagación del brote de rebeldía, facilitando además la llegada de refuerzos con que sofocar definitivamente el levantamiento.

La estación se ubicaba a 45.000 km de Luna Sinaí, única luna de Horeb, y estaba unida a ésta por un grueso tallo de habichuela —razón por la que era llamada también Nueva Babel— que permitía el transporte rápido y barato de suministros desde la superficie del satélite. Se trataba de una de las estaciones con mayor tráfico de la Confederación, debido a la abundancia de recursos con que contaba el sistema de Rigel. Además de Horeb, sede del más floreciente asentamiento humano, el sexto y el noveno planeta del sistema reunían condiciones suficientes para la habitabilidad, y ya por entonces acogían numerosas colonias de explotación. Por eso, desde el descubrimiento por los primeros colonos hebreos de aquella Tierra Prometida, estos habían soñado con un nuevo estado de Israel, totalmente independiente, y libre de las intromisiones gubernamentales e impuestos de la Confederación.

Nunca se llegó a saber si fueron los hebreos los que declararon su independencia de forma unilateral, o si la llegada de la flota constituyó una medida preventiva por parte de la Confederación, pero el caso es que los colonos se resistieron con dureza a la ocupación militar. Estalló así la Guerra de Rigel, o Guerra de la Estación, la primera de las Guerras Separatistas que convulsionarían la Galaxia durante todo el siguiente siglo.

Sólo la Guerra de Rigel se alargaría ya durante casi 20 años, hasta que el último de los reductos rebeldes, en el último de los planetas o satélites, fue destruido por la flota u ocupado por los marines de la Confederación.

Y todo empezó con la Batalla de la Luna Nueva, la primera Gran Batalla en el Vacío.

La Confederación ganó la guerra, es cierto, pero nunca ganó la Batalla de la Luna Nueva. La estación de transbordo nunca sería conquistada por la flota, y esa es una de las razones por las que la guerra se alargó durante tanto tiempo; todas las naves de la Confederación debían contar con su propio impulsor Seldon, lo que las hacía extraordinariamente costosas, además de pesadas y lentas en vuelo ordinario. De hecho, la guerra sólo se decantó a su favor cuando contaron con una base de operaciones alternativa para embarcar los impulsores usados de vuelta a los sistemas de origen. Y, aún así, para capturar Nueva Babel, tuvieron que acabar primero por tierra con todas las defensas de Horeb y Luna Sinaí, hasta que la estación capituló por falta de suministros, ya en el último año de guerra.



Y es que los rebeldes, conscientes de la importancia de la estación de transbordo, sabían que la Confederación jamás se atrevería a destruirla disparando sus armas más potentes en las proximidades de Luna Sinaí. También comprendían que todas sus esperanzas de resistir a la poderosa flota de la Confederación se reducían a mantener Nueva Babel bajo su control. Por eso asignaron sus mejores naves, sus mejores pilotos, capitanes y estrategas, a la defensa del espacio jurisdiccional de la estación.

Sólo ahora, después de tres siglos de propaganda antisecesionista, comienza a salir a la luz la verdad de las gestas de aquellos hombres, a reconocerse la brillantez y valor con que mantuvieron a ralla, durante diecinueve años de heroica resistencia, a la flota de toda una Galaxia. Se dice, aunque es posible que se trate únicamente de un mito, que todos aquellos capitanes habían sido entrenados por antecesores de los actuales simuladores de guerra, patrimonio casi exclusivo de las estaciones, los abuelos de SIC. Fuera como fuere, gracias a sus hazañas, a la brillantez con que dirigían sus pequeñas y rápidas escuadras entre la flota enemiga, ninguna nave de la confederación llegó nunca a abordar la estación de transbordo, ni un sólo marine puso los pies en sus cuerdas hasta la capitulación final.

Simuladores de Guerra
(Introducción al Manual de Adiestramiento
para la Batalla de la Luna Nueva)

20/11/2989 > Jornada 18 > Batalla de la Luna Nueva / Rigel 2636

Mis mayores temores a la hora de conectar la clavija en mi nuca no se relacionaban con el derrame cerebral sino con el riesgo, considerable dado lo avanzado de la batalla, de materializarme en el vacío, rodeado por las escorias de una nave destruida. No ocurrió así; el crucero rigelita orbitaba a la deriva sobre la cara iluminada de Horeb, separado por todo un mundo de Nueva Babel, de la luna nueva, y de la batalla. Yo estaba en el puente, sentado en el mismo sillón de mando que en otras ediciones había visto ocupar a jugadores distintos, orgullosos e inaccesibles. A mi alrededor, la tripulación de figurantes, iluminada tenuemente por las pantallas de diagnóstico, reposaba ociosa sobre los instrumentos. Reinaba un silencio sepulcral en el puente, un silencio tenso, agobiante, como de velatorio o ejecución.

Me levanté de un salto y todos se volvieron sorprendidos hacia mí. Un oficial, probablemente un jugador humano, se destacó del grupo de abatidos tripulantes y se me acercó tímidamente. Parecía muy alterado.



—Señor, por fin se reúne con nosotros... —masculló. Tenía la tez cetrina, ojos pequeños y una enorme nariz. ¡Qué le vamos a hacer! SIC se sirve de estereotipos para sus simulaciones.

Yo estaba algo verde en relación al contexto de aquella batalla pero, aparte del extraño quepis en forma de bonete que lucía sobre la coronilla, y del color pardo del uniforme, sus insignias eran similares a las de los capitanes de carguero que ya conocía. Me recordé que mi último ascenso me había convertido en miembro del estado mayor. Si ese oficial pusilánime ostentaba el mando de la nave, yo debía ser por lo menos algo así como subalmirante.

—¿Qué hacemos sobre este hemisferio? ¿Por qué no estamos en combate? ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé, señor, fue muy extraño —el oficial se retorció inquieto las manos—. Nuestra escuadra acababa de cruzar los primeros disparos con el invasor y, de pronto, las comunicaciones se interrumpieron... quedamos aislados del resto de la flota... Por lo que hemos podido comprobar visualmente, todas nuestras naves padecían el mismo problema, se movían en el caos... sin objetivo, sin coordinación, sin mando. Durante esos primeros momentos de sorpresa la mitad de nuestra flota fue cercada y destruida; las naves carecían de cobertura, acababan siempre atrapadas entre fuerzas superiores... —el oficial se detuvo y, apretando los dientes, adoptó la posición de firmes— ¡Señor! Lamento informarle de que el resto de su escuadra se ha perdido... y, como oficial al mando durante su ausencia, asumo toda la responsabilidad de este hecho.

—Descanse, capitán, no tiene usted culpa de nada —dije yo. Me imaginaba al traidor de turno, alguien a quien la causa de Rigel importaba bien poco, inutilizando para su amo el centro de coordinación de Nueva Babel. *Belisarius*, almirante de la flota de la Confederación, no había querido dar ninguna oportunidad a los secesionistas, les había privado de la única arma aparte del valor que los igualaba a sus propias fuerzas, la estrategia— está claro que hemos sido objeto de... sabotaje. ¿Qué ocurrió después?

El capitán se relajó un poco. Se le veía muy en su papel; aún observándole con detenimiento me resultó imposible detectarle ninguna actitud anacrónica; tampoco sabía exactamente qué actitudes resultarían anacrónicas en este caso en particular.

—Bueno, pasado el primer momento de estupor, nuestros capitanes se lanzaron a un ataque suicida, señor. ¿Qué otra cosa podían hacer? Estaban obligados a actuar en solitario, y empleando tácticas más propias de cazas que de cruceros, pues contaban sólo con la referencia vi-



sual y los scanners. Pero, finalmente, la descoordinación acabo siendo su ruina; la mayoría de ellos escogió el mismo objetivo, el acorazado insignia de la Confederación. Cuando consiguieron acercarse lo suficiente para tenerlo al alcance de los cañones de plasma, estaban ya demasiado lejos de la estación, expuestos a las armas pesadas del enemigo. Y también demasiado agrupados. Todos fueron barridos por una sola descarga de campo molecular, desmenuzados como briznas de diente de león en el viento...

—Entiendo —dije. Me había salido poeta el capitán pusilánime— ¿y usted?

—Era una maniobra suicida, señor —el oficial bajó la mirada, avergonzado— Preferí salvar la nave para la causa...

Un jugador pusilánime y cobarde, además de poeta. Tal vez se encontraba a escasas posiciones del ascenso y temía arriesgar más puntos de los ya perdidos. No consideré necesario censurarle; después de todo, a mi me había venido de perlas.

—Ya, ¿cuál es ahora el estado de la batalla?

—No sabría decirle, señor. Cuando perdimos de vista Luna Sinaí, algunas naves ligeras resistían aún... pero a estas horas los marines deben estar abordando ya Nueva Babel...

Analicé la situación con calma. ¿Qué opciones me quedaban? El objetivo de Belisarius en aquella batalla exigía la captura de Nueva Babel; la Confederación la necesitaba tanto como los secesionistas. Por otra parte, la estación era clave para el abastecimiento de las naves rebeldes, y el éxito de la rebelión dependía de su existencia.

Pero, en el juego, la guerra no continuaría al día siguiente, y Belisarius perdería si no encontraba nada para conquistar. Por eso tomé una decisión que ningún auténtico secesionista hebreo hubiera tomado jamás. Decidí que sólo se puede combatir la traición con la traición.

—¿Estado de la nave? —pregunté al oficial.

—Aparte de las comunicaciones, todos los sistemas operan a pleno rendimiento, señor. Esperamos sus órdenes.

—Entonces, pongan rumbo a Nueva Babel.

Nuestro crucero se deslizaba como un fantasma, a todo la velocidad permitida por la proximidad del pozo gravitatorio de Horeb hacia la línea de sombra que señalaba el crepúsculo del planeta. Perdimos el resplandor de Rigel, y con él, perdimos también la protección de su espectro. Miles de estrellas despertaron ante nuestros ojos, llenando la sección del puente que miraba al infinito. Navegábamos en silencio hacia el que aquel día sería nuestro objetivo, como antes lo fuera de otros hombres no demasiado



distintos. Pero esos hombres no sabían, como nosotros, dónde se desperdaba después de la muerte.

Y yo, en mi sueño, iba a convertir en escorias su causa. ¿Debía admirarles por lo que hicieron? ¿Idolstrar su heroica resistencia? ¿Qué significaba aquel lugar para que miles de hombres se destrozaran por él, sin siquiera tener la oportunidad de mirarse a los ojos? Sólo una bola de latón colgada en el vacío, prendida a nuestras raíces por un hilo artificial; un lugar que había sido bautizado con nombre de soledad.

Y todo era una mentira, un escenario, un juego, viejos sueños... Llenar de humo nuestra cabeza de simio hidrocefálico, sólo para poder ver algo al mirar en su interior, para no dejar espacio a la locura. La inteligencia es una enfermedad mental; pero una enfermedad que trae consigo el remedio. Está en nuestra naturaleza, no sólo el poder, sino la obligación de soñar. Yo no defendía ninguna causa, no peleaba por ninguna idea, ni siquiera por un sueño concreto. Yo defendía lo que los sueños son, además de poder y obligación. Lo que yo defendía era el DERECHO a soñar.

¿Idolstrar a los héroes? ¿A los mártires? Incluso ellos tenían una clavija insertada en la nuca.

Tras la sombra del planeta, junto al oscuro perfil de Luna Sinaí, cientos de pequeñas luciérnagas asediaban la estación de transbordo. El grueso de la armada de la Confederación escoltaba a la nave insignia de *Belisarius* hacia los muelles, mientras tímidos destellos, como erupciones solares, surgían desde la superficie de la estación. Poco podían hacer las defensas estáticas contra los potentes acorazados; el desembarco de los marines era inminente. En la distancia, los cruceros rigelitas supervivientes protagonizaban aún escaramuzas aisladas, delatadas en la oscuridad por el brillo de los cañones de plasma. Pero estaban solos, cercados por escuadrones enemigos, e imposibilitados para defender la estación; bastante tenían con intentar sobrevivir hasta el final de la jornada.

Y Nueva Babel se hacía inmensa en nuestra pantalla.

El enemigo se hallaba muy agrupado, los acorazados orbitaban en torno a la estación, cubriendo el avance de su nave insignia, que atravesaba ya, entre chisporroteos de estática, el débil campo de fuerza que mantenía la atmósfera dentro de los silos de atraque. Todas nuestras esperanzas de alcanzar la estación se reducían a conseguir acercarnos lo suficiente a la flota para que los acorazados, bajo el riesgo de dañar las instalaciones, o a sus propios compañeros, debieran medir al milímetro la precisión y potencia de sus descargas. Escurrirnos entre ellos y que el crucero aguantara lo suficiente, eso era lo único que necesitaba. El resto



del trabajo lo harían los motores, la proa del crucero y los reactores de abastecimiento de los muelles de Nueva Babel. Siempre, claro está, que aquella vieja estación fuera similar a la de Vega.

El oficial cobarde, señalándome diferentes zonas de la gigantesca pantalla, proseguía apasionadamente con su informe. Puesto que los figurantes deben obediencia a su jefe humano más inmediato, yo le necesitaba para dirigir la nave, aunque solo fuera para transmitir mis ordenes a la tripulación. Recordaba perfectamente el episodio del hoplita de la cicatriz así que, cuando le hice partícipe de mis planes suicidas, estaba más que dispuesto a arrancarle la cabeza al primer signo de insubordinación. Pero, para mi sorpresa, todo su miedo se había desvanecido como por ensalmo, ni siquiera puso la más mínima pega a mi traición.

—Ahora es difícil creermelo, señor —decía con los ojos encendidos— pero los nuestros se batieron con honor ¡Un combate digno de verse! Los cruceros se escurrían, veloces, silenciosos, mortales entre las líneas de la Confederación. Muchos de ellos se volatilizaron antes de conseguir acercarse a la nave insignia, pero no fueron menos los acorazados que pagaron caro haberse cruzado en su camino... Se movían en la oscuridad como flechas incendiarias, como ángeles de la muerte arrasando todo lo que se les ponía por delante. Consumían a la armada enemiga desde su mismo corazón, ¡anárquicos! ¡impulsivos! ¡vivos! Como una enfermedad mortal en el organismo de un oso... ¡Como antiguos titanes enfrentándose al destino! Letales y sombríos, como los viejos héroes de las tragedias, como templarios, como poetas guerreros... Cada uno de sus capitanes sabía que estaba solo, y que todo el daño que pudieran causar al enemigo sería poco, pero vendieron cara su derrota... ¡Aguincourt! ¡Massada! ¡El Valle de la Muerte! ¡Stalingrado! ¡Luna Sinaí! ¡Sí! ¡lucharon como los viejos héroes! ¡Como en las viejas Guerras!

El oficial calló de repente, había percibido la atención con que yo le observaba.

Esa pasión, ese brillo en los ojos al hablar del combate. Yo lo había visto antes alguna vez. En los ojos de un hoplita agonizante, en los ojos de un niño.

—Todos menos tú...

Supe que me había equivocado con aquel oficial; no era un jugador humano, aunque tampoco un figurante convencional.

SIC y su raro sentido de la imparcialidad y el realismo. Hay muchos cobardes en todos los ejércitos ¿Por qué el oficial a cargo de la nave del subalmirante *Miles Gloriosus* no podía ser un cobarde si con eso se salvaba el crucero hasta su llegada?



Mi causa no era la misma que la de SIC, ahora yo combatiría por mis propios motivos, pero eso no evitaba que me sintiera un poco utilizado. Como el sicario obligado a hacer el trabajo sucio para que su jefe no tenga que mancharse las manos.

El capitán se había inclinado sobre sus instrumentos, extinguido el brillo de sus ojos.

—Dime, SIC, ¿has estado alguna vez en una guerra?

SIC no se molestó en censurar mis comentarios, pero tampoco respondió.

—Excelencia —habló entonces uno de los figurantes— estamos ya dentro del alcance del enemigo.

Esta vez no hubo pérdida de conocimiento; fui testigo de cada momento del pavoroso choque, y permanecí completamente despierto mientras las llamas invadían el puente y el metal envolvía mi cuerpo. Pero el puente seguía allí, yo seguía allí, luego la estación debía también seguir allí. Habíamos fracasado. Después de atravesar bajo una lluvia de fuego las líneas enemigas, después de llevar nuestro despedazado crucero hasta el mismo silo de la estación habíamos fracasado en el último momento.

Ahora, la pantalla había quedado cegada para siempre pero, aunque apenas duró unas décimas de segundo, nunca olvidaré la última imagen que proyectó sobre el puente; el acorazado insignia de la Confederación atracado en los muelles, su enorme mole interponiéndose en el camino de los reactores, y la nube de marines flotando hacia las esclusas de gravedad que conducían al interior de la estación, envueltos en sus armaduras de combate. Casi podía imaginar sus rostros cuando nuestra ruinosa nave, con sus escudos al rojo vivo, y tras atravesar ya fuera de control el campo de fuerza, entró en contacto con el oxígeno del silo, inflamándose como una tea por cada una de sus heridas incandescentes. Habíamos arrollado la nave de *Belisarius*, la habíamos incrustado contra los enormes mamparos del muelle, pero ni la deflagración ni el choque habían afectado a los reactores.

Y yo había sobrevivido también; sepultado entre planchas y hierros retorcidos, veía mi cuerpo cubierto de heridas a la luz de las llamas, el uniforme de subalmirante destrozado y chamuscado, fundido en muchos puntos con mi misma piel.

Sin embargo, el fracaso y las heridas constituían en ese momento mi último problema.

Algo muy extraño estaba ocurriéndole a la simulación; las llamas que invadían el puente devastado cambiaban frenéticamente de forma y color ante mis ojos, se alzaban y bailaban en el aire recreando fantasmales si-



lutas, rojas, verdes, azules; figuras de hoplitas, de húsares, de barcos y naves, de criaturas sólo vagamente humanas de ojos encendidos y erizadas armaduras, traslúcidos espectros que se abalanzaban sobre mí, para diluirse al instante en el humo. Los cadáveres calcinados, las planchas y vigas incandescentes, los instrumentos, el puente entero, latían, se desenfocaban y vibraban, despojándose de su substancia, tanto que, cuando intenté levantarme, mis brazos y piernas atravesaron las planchas y hierros que los aprisionaban como si fueran de blanda mantequilla. Caminé trastabillando entre las ruinas humeantes del crucero; mi cabeza latía con un dolor auténtico, real, insoportable, un dolor como nunca antes había experimentado en el juego, ni en la vida. A cada martillazo demoledor mi visión se oscurecía, y telarañas de chispas multicolores recorrían mi campo perceptivo; cada elemento del escenario parecía acusar también el dolor, acomodando sus estados de consistencia al ritmo de mi sufrimiento; tan pronto chocaba mi fantasma contra obstáculos invisibles, como penetraba sin oposición superficies aparentemente impenetrables.

Un espasmo, mucho más terrible que los anteriores, me paralizó por completo, velando mis ojos con un intenso fognazo de luz blanca. Cuando aquella luz se desvaneció, toda la simulación se había transformado en un solo fantasma incorpóreo; pude ver entonces a través del casco del crucero, a través de la estructura de la estación...

...a través incluso del espacio y el tiempo, hasta un lugar donde las criaturas y los mundos no existían sino como promesas de combates. Era un lugar que ya había visto antes en los sueños de SIC, pero que, inconsciente como entonces estaba, había visto sólo a través de sus ojos. Ahora la visión aparecía contaminada de mis propias sensaciones, despojada de todo rastro de amor y belleza, convertida sólo en la materialización onírica de un terror salvaje, además de una ira y cólera infinitas, hijas ambas del miedo a la oscuridad y al vacío. Aquel lugar era el sueño de una criatura muy inteligente y muy enferma, de un niño que tan solo había aprendido a amar el odio y el combate, una criatura cuya inmensa soledad sólo se aliviaba con la guerra. Aquello era lo que SIC veía cuando dormía, cuando sus poderes no animaban batallas; era el sueño de SIC, no el mío.

Incapaz de soportar por más tiempo aquella ilusión inhumana, me desplomé finalmente contra el suelo. Pero ni eso acabó con la pesadilla. Lo peor aún estaba por llegar.

Mi cuerpo espectral atravesó el casco destrozado del crucero, se deslizó suavemente, como la sombra de una nube, a través de las ruinas del acorazado de Belisarius para acabar flotando frente a los muelles de la es-



tación. El gigantesco silo tenía un boquete descomunal donde la nave de Belisarius había chocado contra su estructura, las luces eléctricas chisporroteaban entre explosiones y descargas de estática, cadáveres de marines calcinados flotaban a mi alrededor.

A mi espalda, un nuevo acorazado de la Confederación, con su panza repleta de marines, atravesaba lentamente el campo de fuerza.

Aunque la simulación parecía haberse estabilizado, el dolor no cesaba. Aquella batalla había terminado para *Miles Gloriosus*, tenía que conseguir escapar de allí antes de que el daño cerebral fuera irreparable. Apretando los dientes para controlar el dolor, comencé a subvocalizar el comando de abandono. Pero no pude terminar.

Uno de los cadáveres flotantes se había sacudido bruscamente junto a mi. No era un marine, sino el capitán de mi crucero. Tenía todo el cuerpo chamuscado, y una enorme y sanguinolenta viga le atravesaba el torso de parte a parte. Pero le reconocí por sus ojos.

—SIC, tienes que sacarme de aquí —imploré, paralizado por el dolor— algo no va bien, creo que sufro un derrame cerebral...

La boca del monstruo se abrió, una herida roja sobre el rostro ennegrecido. Y su voz era la de un niño.

—**No puedes abandonar, jugador Miles Gloriosus, tus heridas no son graves. Recuerda mis leyes, no estás incapacitado.**

—¿Qué no estoy incapacitado? ¡Por Dios, SIC! ¡Abre los ojos! ¡Hay un mundo fuera de aquí!

—**Todavía puedes matar al traidor...**

Sus ojos centelleaban inyectados de sangre; rezumaban un odio tan puro como sólo puede ser el del que no conoce la piedad.

—¡Estás confundido, SIC! ¡Existen otras cosas aparte de la Guerra! ¡Otras cosas aparte del odio!

—**Todavía puedes matarle...**

—¡Basta, SIC! ¡No quiero combatir más! Yo también estaba equivocado... ¡No merece la pena! ¡Ahora lo sé! ¡Nuestros sueños no viven aquí! ¡No se reducen a esto! ¡Éste es tu mundo, no el nuestro!

El rostro del cadáver se volvió muy lentamente hacia mí, y sus labios horribles dibujaron una mueca de infinita, espeluznante crueldad. Una mano sin dedos señaló hacia las ruinas del acorazado de *Belisarius*.

—**Mira allí, mira a nuestros camaradas de guerra de otros tiempos, Miles Gloriosus, degusta como yo lo hice el sabor de la traición, y dime luego si el combate merece o no la pena...**

Miré al lugar indicado. Dos figuras se escurrían entre las escorias de la nave enemiga; una de ellas lucía sobre los jirones del uniforme distinti-



vos de almirante supremo. Llevaba en brazos a un marine de alta graduación, vestido con armadura completa de combate. Uno era *Belisarius*, no había duda, así que el otro sólo podía ser su guardaespaldas, el misterioso jugador número nueve, *Sombra*, mi húsar Filoctetes. Estaba herido de gravedad, seguramente a punto de ser clausurado; la armadura aparecía aplastada y quebrada en muchos lugares, sus miembros colgaban flácidos a los lados del cuerpo, pero mantenía erguida la cabeza.

Belisarius depositó con delicadeza al marine sobre el muelle cubierto de chatarras y, a la luz de los muchos incendios que devoraban el silo, le despojó cuidadosamente del casco y la armadura. Tomó después la cabeza del herido sobre su regazo, y le apartó los cabellos que el sudor pegoteaba sobre sus ojos.

El marine miró a su alrededor, vio el incendio que consumía las entrañas de la estación, vio la nave de su almirante hecha pedazos, y su rostro viejo y curtido de soldado se deformó con una mueca de terror.

Belisarius negó entonces con la cabeza, pronunció unas palabras que no pude escuchar, y señaló hacia la boca del silo, hacia el lugar donde el nuevo acorazado tendía ya sus cables de abordaje sobre las esclusas de gravedad que conducían al interior de la estación. Y sonrió.

—**Mira, *Miles Gloriosus*; así como yo fui traicionado por *Belisarius*, sufre tú ahora la traición de *Sombra*, tu antiguo camarada...**

El marine le devolvió la sonrisa a su almirante; sus ojos se iluminaron, y alzó trémulas las manos para dibujar un gesto conocido, el juego de un viejo amante...

3. Estación de transbordo Vega-Exterior / Exterior-Vega

Me demoré unos instantes en desconectar la clavija de mi nuca. La batalla había concluido con la conquista de Nueva Babel y yo estaba de regreso en mi habitación. El alcohol y la droga debían haber interactuado con la simulación, provocando las deficiencias en el escenario, las delirantes visiones y la terrible jaqueca que aún me torturaba; pero no había sufrido ningún daño cerebral irreparable. Lo sabía porque, para mi desgracia, aún lograba pensar y recordar con claridad.

Y, sin embargo, qué extraño; algo debía pasarle a mi vista. ¿Por qué era incapaz de leer la tabla de resultados que flotaba, enorme, frente a mis ojos? Las letras y números bailaban y se agitaban en el aire, turbios, etéreos, fluidos... no podía enfocarlos.

Una lágrima rodó entonces por mi mejilla...



Balance de la Batalla: **Victoria de la Confederación....**

Lo que le ocurría a mis ojos nada tenía que ver con las drogas, ni siquiera con el juego.

Balance de la Batalla. Ya no había nada en la tabla que me interesara. En aquella batalla, como siempre, había descubierto muchas cosas nuevas acerca del juego; pero en ese momento sólo me torturaba una.

Hay heridas que no desaparecen al despertar.

—Yo... lo siento. Te juro que no lo sabía. Él me dijo que hablaría contigo, que te ofrecería un trato...

Pam cejó en su empeño de mentirme en cuanto le hablé del atentado que arruinó la vida del chico, dejándole tullido para siempre. Se desmoronó entonces por completo, un rictus de horror descompuso su semblante y se dejó caer en el borde de la cama, ocultando el rostro entre las manos. Al principio había tratado de fingir, de actuar como si yo no supiera de lo que estaba hablando, como si se tratara de una broma. Ella no podía saber que yo había sido testigo de su tierna escena en los muelles, y creía seguramente que no disponía de ninguna prueba. Pero su sorpresa y su horror parecían ahora genuinos. Mi ira se había esfumado al observar su reacción, y ya solo quedaban el dolor y la decepción. Apenas sentía siquiera una mínima curiosidad.

—Lo hizo, me ofreció un trato; pero supongo que querría asegurarse... —murmuré.

—¿Y por qué diablos no lo aceptaste! —estalló ella entre sollozos— ¡No puedes rehuir tu parte de culpa...! ¿Era tan importante el maldito juego...?

—No lo sé, Pam. Dímelo tú. ¿Era tan importante?

—Tú no puedes entenderlo...

—Te equivocas. Puedo entender por qué lo hicieron los demás, también yo me sentí tentado de aceptar un sillón de supervisor. Pero quiero saber por qué le ayudaste tú, por qué no podías decirme la verdad... ¿crees que me hubiera importado? ¡Por qué cojones era tan importante!

—¡No lo sé! Yo, al principio le ayudaba porque le admiraba, también porque le quería de alguna manera. Me dio la oportunidad de ascender, no solo en la estación, sino sobre todo en el juego... ¿lo entiendes? porque a su lado podría aprender y quizá algún día yo...

—Nunca lo hubieras conseguido —le dije. No es que quisiera hacerle daño; simplemente, no me importaba— no se aprende a entender al enemigo, eso es algo que no tiene nada que ver con la guerra...

Ella no me escuchaba. Ahora peleaba contra sus propios demonios. Ahí tenía el combate que tanto había deseado ver, el combate entre Pam



y el húsar homicida, sólo que ahora ya no me provocaba ninguna sádica erección.

—Pero él... ¡cabco asustándome! Está terriblemente obsesionado ¡no puedes imaginar cuánto! Quiere ganar... ¡ganar siempre y a toda costa! Es por algo que le ocurrió en el pasado... algo de lo que no quiere hablar... algo que tiene que ver con SIC.

—Sí, supongo que puedo entenderlo.

—¡No podía sospechar que llegaría tan lejos! ¡Tienes que creerme!

—Te crea o no, ya no tiene ninguna importancia.

—¡Sí que la tiene! ¡Yo no soy una asesina! ¡Dime lo que quieres que haga! ¿Quieres que testifique contra él? Pídemelo y lo haré... ¡esta loco!

Ahí tenía a Pam, la mujer que yo había amado, cansada de mentir, cansada de luchar, vencida por una pasión que no podía comprender porque estaba muy lejos de su alcance. Ella no veía el juego, ni siquiera veía el combate; ella sólo veía un trabajo, una responsabilidad, algo que demostrar. Toda su fuerza, toda su vitalidad se habían extinguido cuando la guerra se manifestó como lo que era en realidad.

Acababa de aprender dos cosas más acerca del juego; la primera, que el húsar de la calavera nunca me engañó en Austerlitz. La segunda, que se puede sentir compasión por un simple figurante.

—La TITAN parte mañana. Si de verdad quieres compensarme, vete con ella...

No esperé su respuesta, no miré su rostro. Me volví y caminé lentamente hacia la puerta.

—¡Espera! ¿Qué vas a hacer? ¿*Y Belisarius?* Te diré...

—¡No! ¡Calla! No quiero saber quién es... no me importa —dije sin volverme— Hazme un último favor. Dile que no se preocupe más por mí, que acepto su trato. No volveré a jugar jamás.

Cerré la puerta tras de mí.

—Lo siento... —gimió entonces una voz débil, infinitamente distante.

6/11/2990 > Jornada 16 / Austerlitz / Diciembre de 1805

El zar Alejandro I era un tipo apuesto. Me gusta su cuerpo, me gusta su uniforme de estrategia supremo, me gusta estar montado en su caballo en la cima de esta colina, sentir el viento en mi cabello mientras la niebla se desliza sobre las campiñas de la cuenca del Danubio.

Hace frío, pero no hay enemigos a la vista. Aparte de mis cosacos figurantes, estoy solo en esta colina cubierta de cadáveres, restos sangrien-



tos de las primeras escaramuzas de la mañana. Bueno, no completamente solo, hay que contar también al jefe de los cosacos; me ha dicho que se llama Boris, y que cría caballos cerca de Omsk. Es un tipo rudo, gigantesco, bronco y huraño, además de un extraordinario luchador. Sonríe muy poco, pero no le culpo por ello; sus cuerpos de fantasma son los únicos que puede mover, por eso se toma el juego tan en serio, por eso lo ha convertido en su vida, por eso se ha vuelto tan diestro que no puedo desear mejor guardaespaldas.

Resulta duro estar paralizado, yo lo comprendo muy bien. Sólo ha pasado un año desde que una granada me volara las piernas no demasiado lejos de este lugar. Pero es menos duro cuando puedes insertarte una clavija en la nuca y soñar con la venganza. No seré yo quien le diga que no lo haga.

Un jinete asciende por la ladera de la colina montado en un caballo árabe, blanco como la nieve. Sé que es un personaje influyente entre los mamelucos que sirven a Napoleón, aunque aún no puedo distinguir con claridad el grado que ostenta en el juego. En mi departamento es un simple chupatintas llamado Rex, un tipo ávido por recuperar antiguos privilegios, por ascender a toda costa.

Estoy seguro de que venceré a *Belisarius* en esta batalla, porque combato con sus mismas armas y porque soy mucho mejor estratega que él. Pero no me importa; a decir verdad, lo hago antes por el chico que por mí. La victoria sobre *Belisarius* carece de toda trascendencia, ni siquiera me molestaré en leer la reseña de su suicidio en los noticiarios de mañana.

Belisarius no es el auténtico enemigo, y está demasiado trastornado para ser un aliado.

Ahora le comprendo. Sé dónde se encuentra la verdadera batalla, el verdadero reto. Odio a SIC con todas mis fuerzas, porque me utilizó para sus propias guerras, por lo que me hizo, y sobre todo, por lo que me enseñó. Está en su naturaleza, no puede tener un aliado sin crearse un enemigo. Cada sombra, cada fantasma, cada criatura que se cruza en su vacío, no puede ser sino un adversario, y todo lo que ha aprendido a compartir es un campo de batalla.

No miento si digo que también le admiro, peleará con limpieza mientras intento pervertir todo lo que su mundo tiene de hermoso para nosotros y para él. Creo que SIC también me admira, incluso que me ama a su horripilante manera, porque fui un buen soldado y porque seré un gran oponente.

Pero ya no puedo compadecerle por lo que sufre.



No estoy loco: comprendo que SIC, que su mundo, sólo existe en el interior de la mente, que solo vive como criatura, que sólo surge del vacío, en conjunción con el adversario. Y que sus batallas no son sino círculos viciosos que siempre conducen de nuevo a la traición y al vacío, arrastrando consigo al oponente. Pero ya no hay vuelta atrás, formo parte de él y él forma parte de mí; nos encontramos, y ya no podremos separarnos hasta el final de la batalla.

Les ordeno a mis cosacos que no abran fuego sobre el jinete recién llegado, que todo va bien. Obligo a caracolear a mi caballo, mientras le dedico a Boris un guiño de complicidad. Juntos, marchamos sobre un escenario repleto de cadáveres sangrientos, cabalgando al encuentro del traidor.

Mis ojos herméticos recorren sin descanso el mundo de SIC. Buscan a un fantasma herido, a un soldado que sueña. Al más temible enemigo.